

## Capítulo X

### ESTADIA EN COSTA RICA (Julio a Octubre de 1882)

#### PUNTA ARENAS, EL GOLFO DE NICOYA

Durante mi estadía forzada en Panamá utilicé mi tiempo en hacer una inspección de mis colecciones y empacarlas, ya que habían crecido de manera tan importante que ocupaban 14 grandes cajones. La ciudad era de nuevo un lugar de estadía poco agradable, porque la fiebre amarilla y la casi más temida “fiebre de Panamá” hacía cada día varias víctimas y entre ellas debí contar desgraciadamente a mi enérgico marinero Isidoro, el único que durante mi último viaje había resistido el clima favorable a las fiebres de la boca del Río San Carlos.

Ya tenía todo en orden para comenzar el viaje hasta Punta Arenas en el “City of Panamá”, un vapor de la “Pacific Steam Navigation Company”, cuando caí con un ataque de fiebre, el más severo que haya tenido. Sólo a los solícitos cuidados de mis amigos en Panamá, el Cónsul y la Señora Gillych y el Ingeniero Rothe, debo dar gracias del término feliz de la enfermedad. Cuando pude ponerme en pie de nuevo, ya había el vapor desde mucho tiempo atrás dejado la ciudad y debí esperar el siguiente, el “Honduras”, que debía salir el 12 de Julio. A través del Director Ejecutivo de la Compañía, el Capitán Dow, desde mucho tiempo conocido por su liberalidad y su buena voluntad incansable con los investigadores de la naturaleza en estas regiones, pude obtener no sólo importantes comodidades a bordo, sino también cartas de recomendación para el Agente de la Compañía en Punta Arenas. Como el Cónsul Gylich me había provisto con valiosas recomendaciones a varios lugares de Costa Rica, podía ver venir mi estadía en la pequeña República con mucha calma.

Esta vez no tenía yo otro acompañante que Nerón, porque tuve que dejar a Boström, todavía convalesciente, en Panamá: debía seguirme tan pronto como su salud se lo permitiese. En la noche pasamos Otoque y un rato después la bahía afuera de Pueblo Nuevo, nombres que no despertaban en mí recuerdos puramente agradables. La mañana siguiente pasamos frente a Punta Mala, la punta Suroeste de la costa sin islas ni puertos de la ancha Península Azuero, y más tarde en el día pasamos Ceiba, la isla más grande de la costa Oeste de América entre Chiloé y Vancouver. La isla, que es

rica y da muchas frutas, tiene una población sumamente escasa, tan sólo de algunos centenares; al Sur se encuentra un par de islas menores, Jicarón y Jicarita, las cuales a pesar de ser los lugares más avanzados en el Océano Pacífico, están cubiertas de selvas de la cima al borde del agua. Todas estas islas pertenecen a la Provincia de Chiriquí, que durante el dominio de los españoles era una de las regiones más pobladas y mejor cultivadas de la actual República de Panamá. La provincia es ahora conocida por tener bastante ganado y por su riqueza en antigüedades, que se consiguen de viejas tumbas indígenas en las partes Norte y Central de la provincia.

Nos acercamos ahora a Punta Burica, frontera entre Costa Rica y los Estados Unidos de Colombia, de los cuales Panamá es uno. A distancia vimos la entrada del Golfo Dulce, la más al Sur de las dos enormes bahías que adornan y sirven la costa Oeste de Costa Rica. Las montañas de la costa se levantan hasta 1.000 metros de altura. El golfo se mostró fiel a su reputación: estaba cubierto de nubes negras y nos recibió con una lluvia abundante. Nos alejamos ahora más y más de la tierra y lo último que vimos antes de la caída de la noche fue el Cabo Moreno, en la costa Norte de la ancha península que forma el Golfo Dulce.

A la salida del sol, al día siguiente, no teníamos tierra a la vista, pero después de un par de horas se levantó en el horizonte una ancha y boscosa cadena de montañas, el Monte Herradura; y cuando la brisa marina pudo alejar las nubes, se alzó detrás una imponente cadena de montañas, el Cerro Turubales, de 1.300 a 1.400 metros de alto. Después de haber pasado la Punta Herradura, vimos la montaña alejarse hacia el interior de la tierra firme y allí abajo una costa relativamente baja, con grandes cantidades de palmeras y otros altos árboles y entre ellos varias desembocaduras de ríos, que brillaban al sol. Al otro lado teníamos la Península de Nicoya, ancha y montañosa, a veces barrida por nubes azul-negras de tempestad, a veces bien definidas por la luz brillante del sol, con sus numerosas islas y ensenadas, sus valles, sus colinas recubiertas de bosques. Pronto tuvimos a la vista la baja punta de arena, que se avanza largamente en el mar, que ha dado su nombre a la ciudad de Punta Arenas. Del mar no parece el lugar particularmente imponente, pero sí ordenado y próspero y las casas de color café oscuro con sus barreras verdes de cactus y sus palmeras de cocos resaltan de manera llamativa contra la arena blanca deslumbrante.

Un bote de fuerte construcción me tomó con mis compañeros de viaje a través del oleaje hasta un muelle largo y alto, al cual tuvimos que subir por una escalera de hierro: por lo tanto era a la vez molesto y peligroso subir el equipaje. En el muelle me salió al encuentro el primer impuesto, bajo la forma de un "derecho de entrada" por mi equipaje a un centavo por libra de peso. Subió por lo tanto a 5 dólares y como el botero pidiese la misma suma por el viaje a tierra, debe admitirse que cuesta demasiado caro el honor de poner los pies sobre tierra costarricense. Además, se debe pagar un alto derecho de aduana por el equipaje, de cualquier naturaleza que sea, libros, instrumentos, lo mismo que tabaco y ropa. Es absolutamente prohibido introducir armas. Por lo tanto tuve que dejar todas mis

propiedades en la aduana y agradecer que después de pagar el impuesto pudiera llevar conmigo las ropas más necesarias y mis libretas de notas.

El señor Rohrmoser, Agente de la Compañía de Vapores, me consiguió, sin embargo, al cabo de algunos días, con el Consejo de la República, libertad de derechos de aduana para la mayor parte de mis cajones e instrumentos, de manera que pudiese comenzar mis excursiones por tierra y por mar. En el Hotel American me dieron un cuarto aireado y agradable y una cocina que no dejaba nada que desear. El anfitrión, un antiguo capitán de los Estados Unidos con el nombre de Masters, hizo todo lo que pudo para hacerme agradable mi estadía en la ciudad y debo reconocer, agradecido, que tuvo completo éxito en su tentativa.

A pesar que la ciudad tiene una extensión bastante importante, su población es apenas de 1.500 habitantes. Las calles son excepcionalmente anchas, iluminadas o más bien indicadas en el medio por una línea de linternas de kerosine. Las casas, de estilo español-americano corriente, construidas de maderas y de tablas, con una gran parte de ellas de dos pisos, con anchas verandas cubiertas. Gracias a las bellas huertas, que rodean la mayoría de las casas, adquiere la ciudad, a pesar de sus edificios sin pretensiones, un aspecto muy atractivo. La iglesia es un edificio grande, en forma de caja, pintado de blanco, sin torre ni otro signo de ornamentación. Está construida con tan grandes dimensiones que puede admitir más gente de la que hay en toda la ciudad. En el interior la iglesia está pobremente decorada, a pesar que una cantidad de decorados, más parecidos a juguetes para niños, un poco toscos, que adornos de iglesia, están amontonados en el coro. Al lado de la iglesia hay una torre con reloj, más baja que la iglesia misma; sus campanas, cuya forma y aspecto señalan su antigüedad, se distinguen por un sonido especialmente melodioso. El edificio que llama más la atención es, sin embargo, el viejo faro, ahora en desuso (Fig. 23a); construido con tablas, tiene la forma de una airosa torre, formada por plataformas, la que, al pie de la letra, se inclina hacia su caída. De arriba se tiene una de las vistas más maravillosas sobre la ancha bahía, el mar y las tierras de Nicoya.

Mi primera excursión fue un paseo a caballo a lo largo de la larga y estrecha lengua de tierra, en cuya extremidad se encuentra la ciudad. El llamado "Camino Real", como también todas las calles de la ciudad, es de arena muy fina en espesas capas, lo que hace que sea cansado caminar, para hombres y animales. Y así continúa el camino más o menos seis kilómetros, hasta el comienzo de la lengua de tierra, donde inmediatamente se llega a la tierra firme, que de allí sube rápidamente. Toda esta larga península es por lo tanto un producto del trabajo del mar por un lado y por el otro del de los ríos, que desembocan en el lado Norte de la lengua de tierra.

El ancho más grande es apenas de medio kilómetro, el menor cerca de 50 metros. Está cubierta por una vegetación lujuriente y variada, poco habitual, a pesar que el suelo es sólo de arena fina, sin montículos ni arro-

yos que podrían contribuir a reunir y retener alguna tierra más fértil. Pequeños ranchos se encuentran pegados los unos a los otros a lo largo del camino, con pequeñas parcelas bien cercadas y bien cultivadas. Es el exacto opuesto de lo que se ve en el Istmo. Allá, en Panamá y sus alrededores, una población negra, perezosa y fea, con sus casas y terrenos en ruinas; aquí, habitantes en quienes predomina el color blanco, activos, ordenados y prósperos, con cultivos bien cuidados.

Varias especies de palomas (*Chamoepelia*, *Zenaidura*, *Chloroenas*, *Geotrygon*), grandes y pequeñas, se encuentran a sus anchas en los plantíos y se muestran poco tímidas. Pequeñas bandadas de cotorras verdes (*Conurus*), reunidas a veces en una sola gran bandada, que con ruido y chirridos tomaban posesión de un enorme mango o se desparramaban sobre una hilera de guayabas de escasa altura. Como un rayo pasó un brillante colibrí a través del camino, se detuvo en el aire sobre una enorme flor para cazar insectos, que allí buscaban su alimentación; con un ruido fuerte vibrante batía tan rápidamente sus alas que para el ojo parecían dos brillantes medio círculos. Chichuris, golondrinas, pájaros carpinteros, y garzas contribuían a hacer el cuadro más vivo. El buitre de cabeza gris se veía por aquí y por allá en las ramas nudosas de algún árbol sin hojas o en el tronco caído de un cedro, medio sumergido en el agua. En la ciudad también se encontraban por todas partes y son tolerados libremente en su calidad de empleados municipales, encargados de la limpieza (*Cathartes atratus*). El buitre de cabeza roja (*Cathartes aura*) no lo encontré nunca en la costa Oeste del país. Cerca de la tierra firme misma vi en un espeso bosquecillo de guayabas y palmeras una bandada de lapas rojas y azules (*Ara militaris*), sin duda una de las decoraciones más brillantes de los bosques tropicales. Brillaban como flores de color rubí violento entre el follaje verde de las palmeras y trepaban, usando su enorme pico como una tercera pata, la cabeza baja, arriba de las ramas más finas.

En una de mis excursiones pasé un par de horas en el mismo lugar observando las hormigas acarreadoras de hojas (*Oecodema* Sp.) motivado por las observaciones del célebre viajero inglés y geólogo Belt (Thomas Belt, *The Naturalist in Nicaragua*, London, 1874). A menudo acarreaban pedazos de hojas, tres o cuatro veces más grandes y mucho más anchas que ellas mismas, y entienden bien cómo defender sus cargas cuando están obligadas a pasar debajo de palos u otros obstáculos en su camino. Belt supone que emplean estos pedazos de hojas para preparar, al interior de ciertos rincones de sus espaciosas cavernas una especie de banco para hongos, después que las hojas han comenzado a pudrirse debido a la humedad atmosférica que existe en estos hoyos. Cavé tres de sus cuevas y encontré exactamente una cantidad de estos pedazos de hojas arrumbados a lo largo de las paredes de un hoyo de 4 centímetros de alto, más o menos a un tercio de metro bajo la superficie. Esta pieza tenía 3 a 6 entradas o respiraderos y no había la menor traza de humedad. Las hojas estaban secas, una cantidad de ellas comidas en los bordes y encima de ellas había una cantidad de pupas de hormigas, pero ninguna larva. También en las prolongaciones de los túneles se encontraban montones de pedazos de hojas, pero no había

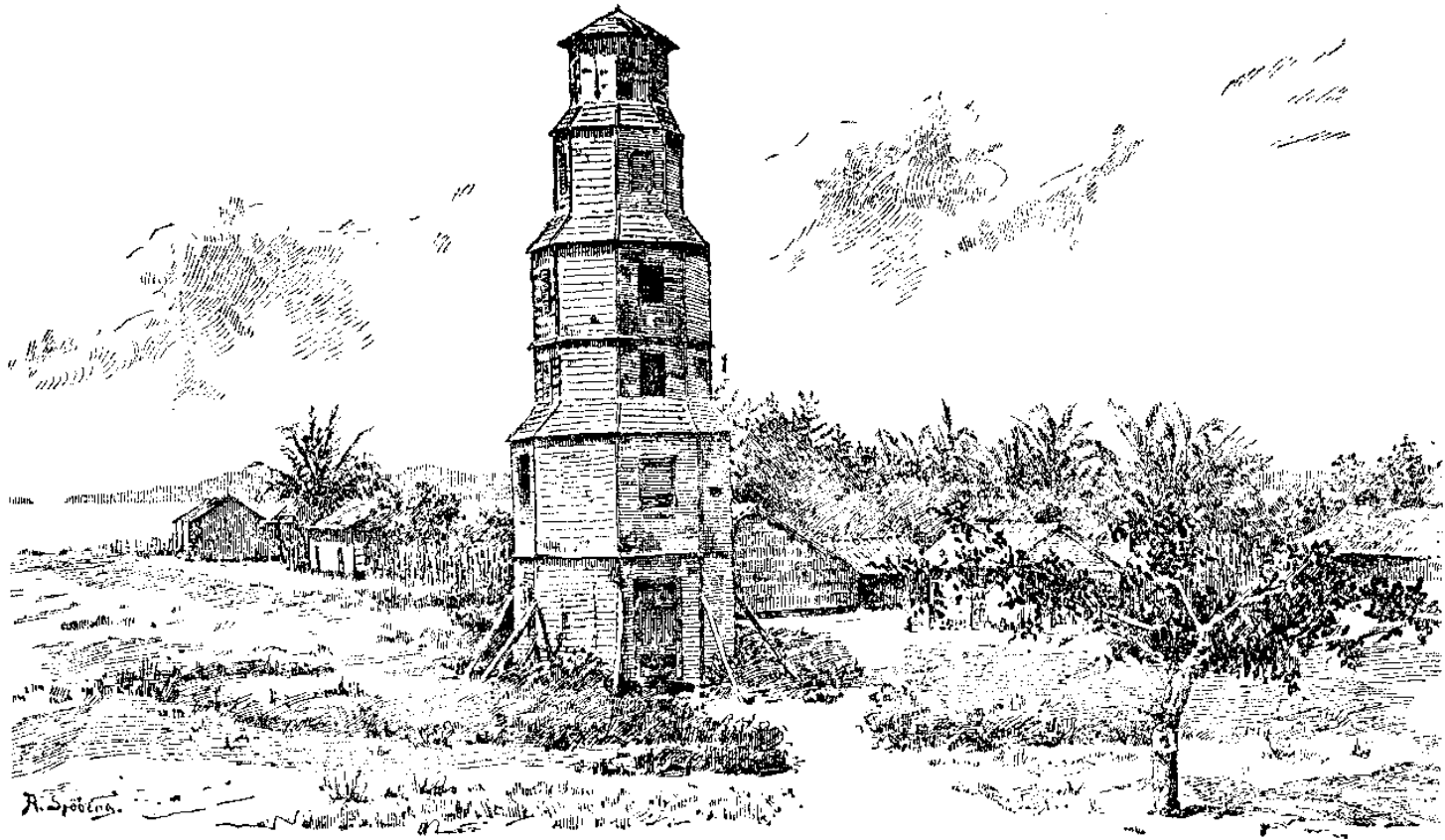


Fig. 23a. — Faro antiguo en Punta Arenas.

pupas. Aquí no había ninguna razón para suponer un crecimiento de hongos, lo que no impide que éstos puedan hacerse en otras partes de la colonia, por ejemplo donde las larvas se encuentran amontonadas. Sin embargo otra circunstancia habla contra el uso de pedazos de hojas para hacer crecer hongos: una gran parte de los restos de hojas venían de una especie de Ficus y estaban ahora casi enteramente convertidas en una especie de pergamino. Si hubieran sido destinadas para hacer crecer un hongo, el material debería haber sido tomado más bien de árboles y arbustos de hojas más finas.

A mi regreso tuve la compañía de una caravana de carretas, tiradas por bueyes, los vehículos que mantienen el tráfico entre la costa y las tierras altas, donde habita la mayor parte de la población y donde se encuentra la riqueza mayor del país, las plantaciones de café. Estos vehículos se componen de un marco groseramente tallado al hacha, sobre dos masivas ruedas de tablas de 4 pulgadas de grueso, mantenidas por aros tallados de la misma manera tosca. Un yugo largo de casi dos metros, de 1/3 de metro de ancho y de un decímetro de grueso, con convacidades para la cerviz de los bueyes, está firmemente amarrado a sus cuernos y arrastran el pesado vehículo. La "cama" misma de la carreta consiste en una caja de tablas gruesas de un metro y medio de largo por de un metro de alto y del mismo ancho. Una de estas carretas no puede recibir mucha carga y es claro que el precio del acarreo de las mercaderías trasladadas de esta manera debe ser bastante caro. No se usa riendas: un palo puntudo y con un chuzo de hierro, y un pesado látigo son los únicos medios de conducción. Se puede asegurar con entera certeza que estos vehículos son del mismo modelo de los que se utilizaban ya en el país hace más de 200 años.

La parte de Costa Rica que tiene Punta Arenas como ciudad principal o la comarca de Punta Arenas está bastante poco poblada. Tenía en el censo de 1874 menos de 5.000 habitantes, de los cuales 1.520 en la ciudad. El clima, a pesar de ser caliente, es bastante saludable: ciertamente contribuye a eso, en lo que se refiere a la ciudad, su situación sobre un suelo poroso de arena y sobre todo a las refrescantes brisas marinas. De Punta Arenas sale un ferrocarril, pero desgraciadamente no va más lejos que Esparta, a 22 kilómetros. En el futuro se espera que el Océano Pacífico estará unido con el Atlántico con un ferrocarril entre Punta Arenas y Puerto Limón. Además de este trecho de ferrocarril, se encuentran ya otros dos en pleno tráfico, uno en las tierras altas, el otro en el Atlántico: más adelante tendremos oportunidad de hablar más largamente sobre este sistema de comunicaciones.

El Golfo de Nicoya es uno de los más bellos que se puedan ver, con sus acantilados altos, montañosos, variados, sus numerosas bocas de ríos, y sus bellas islas, a veces densamente cubiertas de vegetación, a veces excesivamente rica, a veces alzándose en formaciones curiosas de rocas. En numerosos viajes de investigación, dragando el fondo del mar, tuve la oportunidad de aprender a conocerlas.

La primera vez que allí ensayé mi suerte, había arrendado un esquife inglés y tres, digámoslo así, marineros. De la larga, espaciosa ensenada que se encuentra al Norte de Punta Arenas nos dirigimos a remo por el ancho golfo directamente al Oeste hacia la Isla San Lucas, que en su playa Norte ofrece un puerto especialmente bueno y es la estación naval de la República en la costa del Pacífico. La escuadra del Pacífico no era ciertamente grande, consistía en una pequeña goleta, un navío a vapor de menos tamaño y algunas chalupas. El puerto, al contrario, tenía capacidad para la Real Flota Sueca. En la isla se encuentra un pequeño castillo con una guarnición y dos cañones. Después pasamos el Pan de Azúcar, una pequeña isla en forma cónica, de mucha vegetación y alta. En Gechuava, inmediatamente al Sur de la isla, comenzamos a dragar con buen éxito, aunque bajo un calor opresivo, que al principio disminuyó un poco, cuando la esperada brisa marina o "virazón" comenzó a soplar. De allí se prolongó la excursión hacia la tierra firme de Nicoya y un pequeño pueblo, Estero de Gigante, situado al borde de un pequeño riachuelo del mismo nombre. La costa de Nicoya es particularmente bella con montañas tras montañas, algunas abundantemente dotadas de bosques, otras cubiertas de pasto lozano. La ganadería es la principal industria de Nicoya. En sus playas se abren muchos valles lujuriantes, cada uno irrigado por un río o por un riachuelo. La extremidad Sur de la península está bordeada de algunas islas de mayor o menor tamaño, que con sus pintorescas formaciones montañosas contribuyen a realzar la belleza del panorama.

Del otro lado del golfo levantan las cordilleras de Costa Rica sus inmensas cimas y miran aristocráticamente hacia abajo las montañas de Nicoya, más bajas. Masas de nubes poderosas, tan oscuras y amenazadoras que parecen en cada instante estar dispuestas a dejar caer truenos y lluvia, cubren muchas de estas cimas y a veces bajan a los valles, creando un fondo magnífico para las montañas de la costa, ante ellas. A su pie se extiende la larga lengua baja de tierra que lleva la ciudad de Punta Arenas, tan baja que las casas desde la distancia, parecen bañarse en el agua. Al Suroeste se abre el océano infinito, por algunos segundos sin la sombra de una nube, fulgurando y resplandeciendo a la luz cálida del sol. El Golfo de Nicoya es por su tamaño y por los magníficos puertos que ofrece de una importancia inmensa para la República. Su largo de la boca en el Cabo Vela hasta el fondo de la desembocadura del Río Tempisque alcanza a 60 kilómetros. Entre Punta Arenas y la Punta de la Hoz, el punto más estrecho del golfo, algo más de 12 kilómetros. Su ancho más grande encima de Punta Arenas es de unos 20 kilómetros y aproximadamente lo mismo en la boca.

La marea subía cuando quisimos navegar a vela dentro de la laguna Norte del puerto: la entrada estaba defendida por una ancha barra o banco de arena, que incluso botes pequeños apenas pueden pasar por un solo lugar y a menudo con riesgo, cuando el viento es del S.O. Las olas en la barrera se alzaban altas y puntudas en una guirnalda larga en forma de medialuna como el parapeto de un castillo. Mientras nos acercábamos a la barra, sacaron los hombres de mi tripulación a relucir las historias más espeluznantes

de accidentes, que aquí habían pasado, en los cuales tiburones, desesperadas novias y tempestades de Noviembre jugaban un papel importante. Sin embargo, pasamos la barra sin aventuras y continuamos en la laguna Norte del puerto nuestro trabajo de dragar el fondo marino.

Otro día hice una excursión de caza arriba del Río Ciruela, uno de los tres ríos que desembocan en el puerto al Norte de Punta Arenas. Mi embarcación era un bote de 8 a 10 metros de largo con tres remeros indios. La primera presa de la caza fue un cocodrilo, que en compañía de un par de camaradas hacía su siesta al sol encima de un banco de arena afuera de la desembocadura del Río Seco, un pequeño río que corre inmediatamente al Oeste del Ciruela. Era el cocodrilo más largo que hasta entonces había visto en América Central, medía de la nariz a la punta de la cola 4.6 metros. Pertenecía a la misma especie (*Cocodrilus acutus*) que había encontrado antes en las bocas del Río San Carlos, Caymito y Chepo en la Bahía de Panamá. El banco de arena se prolongaba de una pequeña isla baja y cubierta de vegetación, que lleva el nombre orgulloso de Panteón y era el cementerio de la ciudad.

Remamos con la marea que subía en el brazo más al Este del Ciruela, el Santa Rosa, que serpenteaba en innumerables curvas a través del suelo suelto y plano. Eran tan pronunciadas estas sinuosidades que en ninguna parte pudimos ver de una sola vez 150 metros de largo del río y que en uno o dos lugares el largo del bote hacía casi imposible nuestro avance. La vegetación de mangle se extendía río arriba tan lejos como llegaba la corriente: en algunos pocos lugares alcanzaba esta vegetación una altura importante, pero en general crecía baja y detrás de ella se levantaba el gran bosque de altos árboles. Cuando habíamos subido 3 ó 4 kilómetros río arriba, el bote se detuvo en seco. Los indios se quitaron sus pocas piezas de ropa y saltaron al agua. Empujaron el bote entonces por más de 2 kilómetros sin molestarles el sol, que perpendicularmente enviaba sus rayos sobre sus cabezas descubiertas. Cuando el calor se hizo excesivo, se detuvieron, se acostaron en todo su largo en el fondo del río y se mantuvieron más de un minuto bajo el agua, después siguieron empujando.

A mediodía llegamos a la hacienda Ciruela, donde fuimos recibidos con cortesía por el propietario, un imponente mestizo, después que se hubo hecho la más ceremoniosa presentación. Sillas de altos respaldos cubiertas de pieles de tigre fueron sacadas de la casa y colocadas bajo la sombra de un inmenso aguacate y con estas frutas (*Persea gratisima*) nos reanimamos durante una profunda discusión sobre la situación política en Europa y Costa Rica. De repente me empujaron los tonos profundos de un mono ululador a interrumpir el debate y decir adiós al hospitalario anfitrión y a su dama. Después de 20 minutos de marcha forzada tuve la suerte de tirar a los animales que se movían más rápidamente en las ramas que nosotros en el suelo. Un viejo macho de barbas blancas fue mi presa, pero medio muerto trató aún de escaparse, porque con su fuerte cola prensil, la quinta mano de los monos americanos, había hecho un lazo tan fuerte, que el cuerpo quedó colgando después que la vida se le hubo escapado. Des-



pués de haber esperado en vano casi una media hora tuve que permitir que uno de los indios subiese en el alto árbol y cortase la rama de la cual el mono colgaba. Cuando la rama hubo sido bajada al suelo tuve que emplear bastante fuerza para desenrollar la cola y soltarla de la rama. El mono ululador ha recibido su nombre del potente grito, que despierta sorpresa y temor en los que lo oyen por la primera vez en los bosques tropicales. El grito es tan fuerte que uno está inclinado a creer que se trata de un animal de mucho mayores dimensiones. El mono ululador también está dotado de un aparato especial para producirlo: uno de los huesos de la parte alta de la laringe es de un tamaño bastante grande y se ha vuelto una cápsula de hueso en forma de casco, que sirve como una especie de caja de resonancia.

Dos lapas rojas y azules aumentaron nuestro botín, después de lo cual almorzamos en un pequeño rancho al borde del río, donde una matrona muy habladora. Yo fui servido sobre una pequeña mesa con mantel, mantel que era irreprochablemente blanco, los indios en otra mesa sin mantel. Yo tuve huevos fritos con bananos fritos; los indios esto mismo, pero cocidos. Vea Ud. la diferencia entre un caballero y los peones, según el entendimiento de la vieja dama.

Algunos días más tarde tuve a orillas del Río Tocoscal, más o menos a 20 kilómetros de Punta Arenas, un día de caza particularmente con suerte. Había descubierto un tapir y lo había herido. Nerón siguió la huella hasta la orilla de un pequeño afluente del Tocoscal, donde había desaparecido: el tapir había después atravesado el río o lo había seguido por algún trecho. Después de buscar un rato a lo largo de ambas riberas, encontró por fin Nerón la huella y a un kilómetro del río encontró muerto al tapir. Era un ejemplar joven del tapir de Baird (*Tapirus bairdi*). Como tenía dos horas de camino hasta el lugar donde me esperaba mi bote y mi tripulación, no podía tomar conmigo sino el cráneo, y comencé con mucho cuidado a desollar la piel de la cabeza, cuando Nerón dio un corto y fuerte ladrido entre los matorrales a alguna distancia de mí. Me apresuré a ir allí y lo encontré agazapado, como para saltar, con el pelo erizado. En los matorrales, apenas a 20 pasos de mí se oía un susurro y pude apercibir un gato atigrado, que a toda velocidad desapareció en la dirección del pequeño riachuelo que habíamos cruzado poco antes. Con evidente goce siguió Nerón la huella, yo corrí derecho a la ribera del río donde el terreno era más abierto y apenas había dado 50 pasos cuando, entre los árboles, vi a la fiera pasando el río sobre un tronco angosto caído a través de la corriente. La distancia era larga, pero enteramente libre. Tiré —el tigre dio un salto y desapareció entre los matorrales, antes que yo pudiese hacerle otro tiro, pero vi que estaba seriamente herido, porque arrastraba la parte trasera. Cuando Nerón trató de pasar por el tronco, que el tigre había usado como puente, perdió el equilibrio y siguió la corriente río abajo por algún trecho. Busqué un lugar para vadear, por el cual yo había hacía poco pasado el río y avancé con cuidado hacia el puente o tronco, y allí encontré un buen charco de sangre: cuando levanté los ojos del suelo, vi a mi presa acostada a lo largo de una rama gruesa y baja de una ceiba. Sólo veía la espalda izquier-

da y una parte del lado izquierdo de la cabeza, con un ojo amarillo-verde que me miraba con ferocidad. Traté de cambiar de lugar para tener mejor oportunidad de tirar, pero como al mismo tiempo oí que el perro se aproximaba y temí que podría ser despedazado, si venía bajo el árbol, tiré y en una pesada caída cayó el tigre y quedó tendido en el suelo boca arriba, haciendo vanos esfuerzos cada vez más débiles para pararse. No le podía dar el golpe de gracia porque Nerón se dirigía hacia la presa, arrastrándose con el hocico abierto y el vientre contra tierra, como un puma. El tigre hizo un esfuerzo para darle un zarpazo al perro con la garra sana, pero cayó



Fig. 24. — Mapa antiguo de Tierra Firme (1691).

de lado pesadamente, Nerón lo cogió entonces del pescuezo y terminó con su vida. Era un ejemplar adulto, particularmente bello: de la punta de la nariz a la base de la cola medía 75 centímetros, la cola era más o menos la mitad de larga. Esta especie se llama en Costa Rica "Cau-celo" y a pesar que jamás ataca humanos a menos que esté herido, es muy temido por los estragos que hace entre los animales domésticos. No se encuentra en las tierras altas, las regiones más templadas de Costa Rica, sino que prefiere mantenerse en las regiones de valles con vegetación más densa, en los ríos de las regiones de "tierras calientes" y especialmente en la región de la costa. El tapir al contrario sube bien arriba en las tierras altas y he visto sus huellas tan alto como a 1.500 metros sobre el nivel del mar. Los disparos habían atraído a mi gente y demostraron su alegría por el delicioso asado de tapir, tomando consigo todo lo que podían acarrear. La carne de tapir, especialmente la de animales jóvenes es un buen y fuerte alimento: su color es mucho más oscura y es más jugosa que la carne de buey que habitualmente se consume en los trópicos.

El viaje de regreso, afuera de Tocoscal, fue maravilloso. El sol había bajado desde hacía mucho rato, el cielo era azul negro profundo y las estrellas brillaban con una luz más intensa de lo que estamos habituados a ver en el Norte de Europa. En el río tenían las riberas, cubiertas por densos bosques, un color oscuro, tan sólo interrumpido por la brillante espuma creada por los remos o por el brillo blanquecido de uno que otro insecto fosforescente que cruzaba nuestro camino. Y a pesar que la luz era escasa a nuestro alrededor, no faltaba la vida: sobre todo un concierto de muchas voces de grillos, ranas, chotacabras y lechuzas que se quejaban, a veces mezclados con los aullidos enojados de los monos, que todo lo dominaban. Cerca de la boca del río, en un lugar donde el bosque había retrocedido un poco y había dejado lugar a una vegetación de arbustos, echamos pie a tierra para cazar insectos. Se encendió una linterna y se colocó sobre un mantel, su superficie blanca se aumentó con nuestras camisas y pronto se reunieron alrededor de la luz una cantidad de insectos y se les clasificó sobre un tubo y en rollos de papel. La laguna del puerto estaba tranquila y lisa como un espejo, una estela fosforescente mostraba el recorrido del bote sobre la superficie del agua. De repente apareció la luna detrás de las cimas de las montañas y cambió el mar sombrío y también la bahía en una superficie vibrante que brillaba plateada, tan lejos como el ojo podía alcanzar. (Fig. 24).

## Capítulo XI

### LAS TIERRAS ALTAS DE COSTA RICA

Un día de Julio dejé Punta Arenas para dar una vuelta arriba en las tierras altas hasta la capital de la República, San José. El motivo de mi viaje era la dificultad para obtener información en Punta Arenas sobre los lugares y circunstancias en la Costa Atlántica que deseaba visitar para estudiar algunos importantes problemas zoológicos. Por ferrocarril debía llegar hasta Esparta y de allí a caballo hasta Alajuela, un recorrido de 45 kilómetros. El tren se componía de una locomotora, un vagón para pasajeros y un vagón abierto para mercancías, cargado de sacos y encima de ellos algunos pasajeros que no pagaban. El viaje hasta Barranca fue sin aventuras, ciertamente lento y prudente, porque se necesitaba más prudencia que complacencia, ya que la vía estaba construida de una manera descuidada poco frecuente, a veces uno u otro lado de la vía se hundía bajo el peso de la locomotora. El viaje se hace a través de uno de los recorridos por ferrocarril más bellos que se pueda recorrer. En la primera parte tiene uno el mar abierto inmediatamente al pie de la línea del ferrocarril y contra ésta el oleaje se rompe tonante y amenazador; del otro está la rica vegetación tropical del bosque joven, de arbustos en flor y de bejucos, bordeando un camino sinuoso bajo la arboleda, aquí y allá interrumpido por plantíos cercados no menos exhuberantes. Pronto dejamos el mar y entramos en el bosque, húmedo y de inmensos árboles en la boca del Río Barranca. Las riberas del río son pintorescas, la ribera Norte, la más alta, cubierta por grandes árboles, la Sur sube rápidamente en colinas suaves y verdeantes. El río se pasa por un puente colgante, liviano y sólido, de hierro. Este puente es sin comparación el mejor de todo el ferrocarril Punta Arenas-Esparta y es también de fecha mucho más posterior a todo el resto del trabajo. La línea misma del lado Sur era todavía más defectuosa que la que habíamos recientemente pasado. No habíamos hecho más de un kilómetro del puente cuando la locomotora se descarriló y se necesitó el trabajo duro de una hora para colocarla de nuevo sobre los rieles. Felizmente había fuerza de trabajo abundante. El camino hace curvas más o menos atrevidas y corta varios montículos de arena bastante altos. Pero todo el trabajo de excavación y de construcción de túneles está hecho de manera tan superficial que uno tiene pleno derecho a estimar que éste es uno de los ferrocarriles más peligrosos que se pueda recorrer. También todas las autorida-

des ilustradas y competentes piensan que es necesaria una reconstrucción completa. Llegamos, sin embargo, en buen estado a Esparta.

A pesar que la pequeña planicie sobre la cual se encuentra la ciudad se levanta apenas un poco más que 230 metros sobre el nivel del mar, se distingue, sin embargo, de manera notable de la tierra baja vecina de Punta Arenas por su temperatura y por su vegetación. Lozanos prados llaman la atención y los árboles de hojas son más numerosos que las palmeras. En el "Hotel Lacoste" se encuentra el viajero con un lugar de estadía agradable, en todos sus aspectos: el propietario es un honorable viejo francés. La ciudad, que contando las haciendas vecinas tiene unos 1.500 habitantes, hace buena impresión por su limpieza, que por todas partes impera y por los numerosos plantíos y jardines alrededor de las casas. El camino a San José, el camino real, es la calle principal. Una plaza grande cubierta de pasto rodea la iglesia, que está construida en un estilo poco común. La torre está situada en medio de la fachada, y no, como es habitual, en su costado izquierdo. Algunos ensayos de arcos sobre las ventanas y una sacristía de construcción separada la hacen menos parecida a una caja de lo que es corriente.

Esparta goza de un clima delicioso, "como el clima de verano en el Sur de Francia", decía el viejo francés, y después suspiró profundamente, con lo que tal vez quería decir que todas las ventajas no están aquí en la costa del Pacífico. Bananos, caña de azúcar, maíz, batatas y frutas de toda especie se cultivan aquí: también se practica la ganadería aunque en menor escala.

Temprano a la mañana siguiente dejé la pequeña ciudad sobre el lomo de un miserable caballo, que sufría mucho de la edad y del mal trato. Sobre montañas y valles, sobre arroyos apacibles y torrentes de montaña retumbantes nos esforzamos en seguir adelante por un camino, donde a menudo el caballo se hundía hasta la panza en el barro, mientras que yo tenía que bajar de la silla hasta el borde del camino para encontrar un punto en tierra firme, desde el cual lo pudiese sacar del lodo. Por cortos trechos se encontraba aquí y allá un pequeño sendero apisonado en medio del ancho camino y entonces dejé que mi caballejo, cansado hasta la muerte, trotara un poco, con el resultado que al menor paso en falso me daba un baño de lodo. Por algunos trechos se encontraba trazas de un antiguo camino de piedra, pero como no estuviese del todo mantenido en buen estado, contribuía más bien a empeorar el camino que a hacerlo transitable. Construcciones de mayor o menor tamaño, la mayoría de troncos de palmera con plantaciones de caña de azúcar, maíz, frijoles y plantas de tubérculos se seguían una tras otra a lo largo del camino, alternando con grandes potreros cubiertos por un pasto lozano lujuriante, todo cuidadosamente cercado de estacas de cactus o por cercos de estacas de madera. Todos los implementos de trabajo agrícola y todos los utensilios caseros mostraban un sello de vejez y mostraban que la gente, por lo menos en este respecto no había dado muchos pasos adelante "desde que el yugo español había sido derribado". (Fig. 25).



Fig. 25. .... Hacienda en Costa Rica.

CARL BOVALLIUS

En un ranchito me detuve para descansar al caballo. La dueña de casa me invitó con café y tortillas de maíz y pronto entré en animada conversación con los miembros de la familia. Se quejaron amargamente de los tiempos difíciles y de la pobreza del país. Pero si un país como Costa Rica, con sus recursos naturales, es pobre, eso debe provenir de la mala administración o de que el pueblo es sin iniciativa o tal vez de ambas situaciones reunidas. Hace treinta años tuvo Costa Rica, bajo la larga presidencia del hábil comerciante Rafael Mora, finanzas florecientes y paz política. Desde entonces el país ha sido agitado por las convulsiones-revoluciones tan frecuentes en los países centroamericanos, y para colmo, el café, principal producto del país, ha bajado ahora (1882) tanto en su precio que su posición es débil dentro de los recursos del país.

El viaje continuó pasando un arroyo o riachuelo tras otro, la mayoría dotados de puentes de madera que se cimbraban; uno de ellos, el de Jesús María, podía sin embargo vanagloriarse de un magnífico puente de piedra, sencillo y sólido, alzándose más de 15 metros sobre la superficie del agua, con fuertes pilares de apoyo, el todo en piedra canteada. Seguramente es un recuerdo del antiguo "Camino Real". Después de mediodía llegué al pueblo de San Mateo: la nitidez y la elegancia que caracterizan Esparta hacían completamente falta aquí. Las casas eran pocas y poco cuidadas, la mayoría de tablas. La iglesia era pequeña y sin importancia alguna, situada fuera del recinto de las casas y a cierta distancia de ella se encontraba una pequeña torre de madera de forma cuadrada. No había plaza, si uno no honra con este nombre a un gran prado que rodea a la iglesia. San Mateo tiene apenas unos 500 habitantes, pero las vecindades alrededor del pueblo tienen una población densa y hay más de 1.500 habitantes. A lo largo de la calle principal o camino real crecían palos de naranjas, agobiados de frutas maduras. Eran, a la vez por su gusto y por su aroma, las mejores naranjas que yo haya jamás comido, antes y después, y también San Mateo tiene una cierta reputación por ellas, pero la producción de naranjas es tal que muchas veces es más grande que la demanda. Para descansar el caballo descansé aquí todo el resto del día e hice una excursión al Río Concepción, un afluente del Río Grande.

Ya a las 5 de la mañana del día siguiente había montado en silla y trotaba sobre el camino, confiando en el instinto del caballo, porque yo mismo apenas podía vagamente percibir el camino. Fue un espectáculo imponente "ver al sol dorar la cima de las montañas". Nos encontrábamos entonces en el lado Oeste de uno de los ramales principales de la cordillera, los Cerros del Aguacate, una cima al lado de la otra, no altas cimas cónicas de volcanes, sino cerros redondeados más apacibles, alzándose lentamente sobre la alta cresta de las montañas. Por todas partes ofrecía aquí el camino exaltantes panoramas de valles y mesetas, riachuelos rientes o campos de maíz verde-claros por aquí y por allá cortados por un torrente de montaña sonoro o rodeado por un bosque de variados aspectos. La cresta de montañas ante nosotros era escarpada y el camino subía en zig-zag, pero con una pendiente bastante fuerte. El sol no había aún subido en alto tanto que se pudiese mirar por encima de las cimas de las montañas; por lo tanto subí a la som-

bra hasta arriba, donde me detuve algún tiempo en un rancho grande —o más bien una tienda— casa de huéspedes, para descansar. De aquí, del paso donde el camino real cruza la cresta de los Cerros del Aguacate, a unos 1.500 metros sobre el nivel del mar, se goza de un maravilloso panorama: hacia el Oeste baja la tierra en amplias terrazas hacia el mar, con la lengua de arena de Punta Arenas y el ancho Golfo de Nicoya y sus tierras altas, como olas verdes en la distancia, y atrás una cinta del mar brillante-dorado bajo los rayos del sol. Del otro lado se extendía la alta planicie densamente cultivada, en hondonadas de montes y valles y cercada por la imponente cordillera, cuya poderosa cadena de volcanes se había revestido de amenazadores festones de nubes.

La bajada al término Este de los Cerros del Aguacate era fácil y pronto estábamos alojados en el llamado hotel de la pequeña ciudad de Atenas, donde los tres, Nerón, el caballo y yo encontramos desayuno.

Atenas se encuentra a menos de 800 metros sobre el nivel del mar y goza, según el decir de sus mismos habitantes, del mejor clima de la República. La ciudad es bella e invitadora, pues se encuentra sobre un terreno bastante quebrado. Entre dos pequeños afluentes del Río Grande, pasamos el río sobre un puente de piedra construido alto sobre el nivel del agua. Al lado de empinada de la ladera Este del valle, llegamos a Las Garitas, antes puesto de Aduana, ahora parecida a un fuerte en ruinas. Los impuestos de Aduana se pagan ahora al lado del Pacífico en Punta Arenas y al del Atlántico en Puerto Limón. En un rancho grande o más bien en una hacienda, a cierta distancia de la Garita, descansamos un momento y continuamos después nuestro viaje. Algunos kilómetros al Oeste de Alajuela pasamos a través de un pueblito con una gran iglesia, enteramente nueva, dedicada a San José, cuya estatua estaba, además, encima de la fachada. Cuando nos acercamos a Alajuela encontramos grupos del *beau monde* de la ciudad a caballo. Cabalgaban, tanto damas como caballeros, al galope tendido, pero como los caballos eran sin excepción pequeños y flacos, la cabalgata no hacía impresión alguna.

Alajuela es una ciudad bastante grande, se dice que tiene más de 4.000 habitantes, pero se compone en su mayor parte de casas de adobe de un piso, a menudo con techo de tejas y a veces con ventanas de vidrio. En la plaza se alza un gran edificio de piedra, enteramente nuevo, elegante, destinado a ser un cuartel; al lado “el palacio municipal” atraía la atención por su gran tamaño. La iglesia es grande, recién reparada, construida de piedra, con dos pequeñas torres de reloj al lado de la fachada y una gran cúpula sobre el coro. Las personas interesadas han tenido, sin embargo, el mal gusto de cubrir la extremidad de la cúpula hasta el techo abajo de la iglesia con láminas de hierro corrugado. Las superficies planas de las placas entran en discordancia completa con las líneas redondas de la cúpula y la impresión del conjunto no es, por eso mismo, imponente. En el hotel más importante de la ciudad, “La Unión”, fui liberado de mi caballo que



tanto puso a prueba mi paciencia. De Alajuela puede uno efectivamente continuar por tren el viaje hasta San José y Cartago.

En el patio del hotel había además de una caballeriza para 70 u 80 caballos, una gallera, un pequeño redondel, rodeado de una estacada de trozas de madera de un metro de alto. Al lado de ésta había contra la muralla de la casa una ancha y abierta repisa dividida en más de 30 secciones. En cada una de éstas había un arrogante gallo de pelea, tan pronto como uno cantaba, hacía coro toda la compañía. Una pelea de gallos iba a comenzar ahora y una colección de señoritas en flor, de padres gordos y rollizos, y otros propietarios de gallos de todas clases sociales rodeaban la arena. Un viejo padre, bien alimentado, tenía en sus brazos un viejo gallo veterano, flaco, lleno de cicatrices y tuerto, pero aparentemente no encontró el veterano un adversario a su altura en la repisa, porque el gallo continuó a gozar de su lugar contra el pecho del padre. Sólo un par pelearon, armados de largas y filosas espuelas de acero, y como los dueños mismos entraran en pelea para decidir cuál de los gallos había ganado, se terminó todo el espectáculo.

En la tarde tocó la banda de música del regimiento de la plaza, que se llenó de damas con sus atentos caballeros. El Presidente de la República, Don Tomás Guardia, había muerto la semana anterior y había sido ordenado, como señal de luto, que las bandas de música no podían tocar sino música fúnebre durante 40 días. Pero esto parece haber sido intolerable para la sangre de fuego de estos sureños, porque ahora ya se oía salir melodías alegres y juguetonas de los instrumentos de los músicos, adornados con crespones de luto.

La línea del ferrocarril, construida por ingenieros alemanes y americanos, se encuentra en excelente condición y contrasta completamente con la línea de Punta Arenas, a pesar que las dificultades del terreno han sido aquí sin comparación alguna más importantes. La vía va sin interrupción a través de una región densamente poblada y bien cultivada: es fácil de reconocer que uno se encuentra aquí en el corazón de la República. La vista desde el tren es por todas partes atractiva, rica y variada, pero también no tan imponente como se podría haber esperado, aquí donde se está rodeado por cinco o seis enormes volcanes. Eso se explica en parte porque la alta planicie en la cual se levanta Alajuela se encuentra ya a una altura de unos 1.000 metros sobre el nivel del mar, en parte a que los grandes volcanes, de los cuales el Poas y el Barba tienen unos 2.700 metros sobre el nivel del mar, el Turrialba y el Irazú unos 3.500, se alzan con laderas que suben tan progresivamente que no dan la impresión de ser tan altos de lo que son en realidad. Ondulantes campos de maíz alternan con plantaciones de café cuidadosamente cercadas y huertas de frutas. Las casas, debido al clima son más sólidas que las que hemos visto antes, habitualmente de adobe o al menos de tablas cuidadosamente unidas, a menudo cubiertas con techos de tejas. Las plantaciones y las huertas están rodeadas incluso de barreras vivas, a menudo de árboles de naranjas y también de altos muros de piedra.

El primer lugar donde paramos es San Joaquín, un pueblecito con una enorme iglesia nueva, aún sin terminar, de piedra tallada en estilo viejo español. Se oye decir que muchas de estas iglesias de grandes proporciones recién comenzadas se encuentran en esta alta meseta, pero que el dinero hace falta para terminarlas. Más o menos a medio camino entre Alajuela y San José se encuentra Heredia, una pequeña ciudad bonita, rica en jardines y desde mucho tiempo atrás célebres por sus bellas mujeres. Está habitada por una buena parte de las familias más antiguas y más prestigiadas y tiene ahora unos 5.000 habitantes. La pequeña iglesia con su masiva torre cuadrada es digna y elegante. Entre Alajuela y Heredia la línea del ferrocarril sube unos 250 metros, más o menos lo mismo que entre Punta Arenas y Esparta. Entre Heredia y San José, la diferencia es sin importancia, pero debe haber sido difícil construir la vía a partir de aquí, porque el terreno está cortado por barranco tras barranco, por lo cual ha sido necesario construir una cantidad de puentes, el uno más atrevido que el otro. Cuando nos acercamos a San José, teníamos desde el tren una vista encantadora sobre la ciudad. Esta vista no vale, sin embargo, de lejos, la que se puede gozar desde las montañas de la costa sobre Caracas, a pesar que San José y sus alrededores recuerdan aquélla.

Cuando uno ha viajado a través de la vieja campiña de Costa Rica, que con toda razón puede llamarse de las altas tierras quebradas, lo que incluye las provincias de Cartago, San José, Heredia y Alajuela, debe hacerse notar una particularidad que crea una diferencia entre la población de los otros países hispanoamericanos y la de Costa Rica. En ésta, el mayor número de habitantes es de sangre blanca pura que los más o menos de color. Algunas cifras deberían mostrar estas diferencias de manera contundente: México tiene 35% de blancos, contra 65% de habitantes de color; Guatemala 2.5-3.0% de blancos contra 97.5-97.9% de color; Salvador y Honduras 2.0% de blancos contra 98% de color; Nicaragua 5.0% de blancos contra 95.0% de color. Costa Rica al contrario tiene 84.0% de blancos contra 16.0% de color. Esto se debe a diferentes circunstancias, que han contribuido a crear esta situación. Costa Rica estaba, en parte, en el momento de la invasión española habitada por tribus de indios más o menos nómadas sin ciudades, agricultura o caminos; éstos se retiraron ante los invasores y la mezcla de razas, como se hizo en México, Guatemala y Nicaragua, fue aquí completamente imposible. En parte, la tierra fue colonizada, sobre todo, por emigrantes pobres y alegres de Galicia, que estaban acostumbrados a laborar sus tierras ellos mismos y que por lo tanto no dependían de una importación de esclavos negros o rojos. Y finalmente era Costa Rica, en comparación con las tierras mencionadas, tan pobres en oro, que no condujo a su explotación en grandes cantidades, con los consecuentes ejércitos de esclavos negros. Incluso su situación aislada y sus difíciles comunicaciones defendieron la tierra, desde el comienzo hasta tiempos posteriores, de activos intercambios con los países vecinos.

Una ancha avenida conduce de la estación del ferrocarril a la ciudad. El primer edificio grande que encuentra el ojo del extranjero, es el centro destilatorio del Estado. Efectivamente, la preparación de agua de vida o de



Fig. 26. — Iglesia de La Merced, San José, C. R.

rum es un monopolio. La industria del tabaco ha sido recientemente dejado en manos de diferentes empresas pero contra altos impuestos. San José, que desde 1821 es la capital de la República —bajo el dominio español era Cartago, capital de la Capitanía General, situada al pie del Volcán Irazú— es la ciudad más grande de Costa Rica: tiene entre 12.000 y 15.000 habitantes. Hay pocas casas de varios pisos, las principales son el Palacio Nacional, el Palacio Municipal, la Universidad, el Teatro, el Palacio del Obispo, el Cuartel y la casa del último Presidente, Don Tomás Guardia, un bloque recién construido, feo, grande, pretencioso y pesado. La mayor parte de las calles son anchas y presentan en algunos lugares huellas de capas de piedras. La más importante de las iglesias es la Catedral, un edificio grande y sin estilo; de las tres iglesias restantes, la Merced (Fig. 26) es la mejor. El cementerio consiste, como es habitual en estas regiones en largos y bajos edificios, o más bien murallas, donde los ataúdes son colocados en nichos, en varias hileras. (Fig. 27). Hospedé en el Hotel de Victor. Para el hotelero, un francés, tenía recomendaciones de M. Lacoste, de Esparta, y también me encontré muy bien allí. Con la ayuda de un comerciante alemán, Herr Steinworth, pude pronto procurarme todas las informaciones que necesitaba para hacer el programa de la

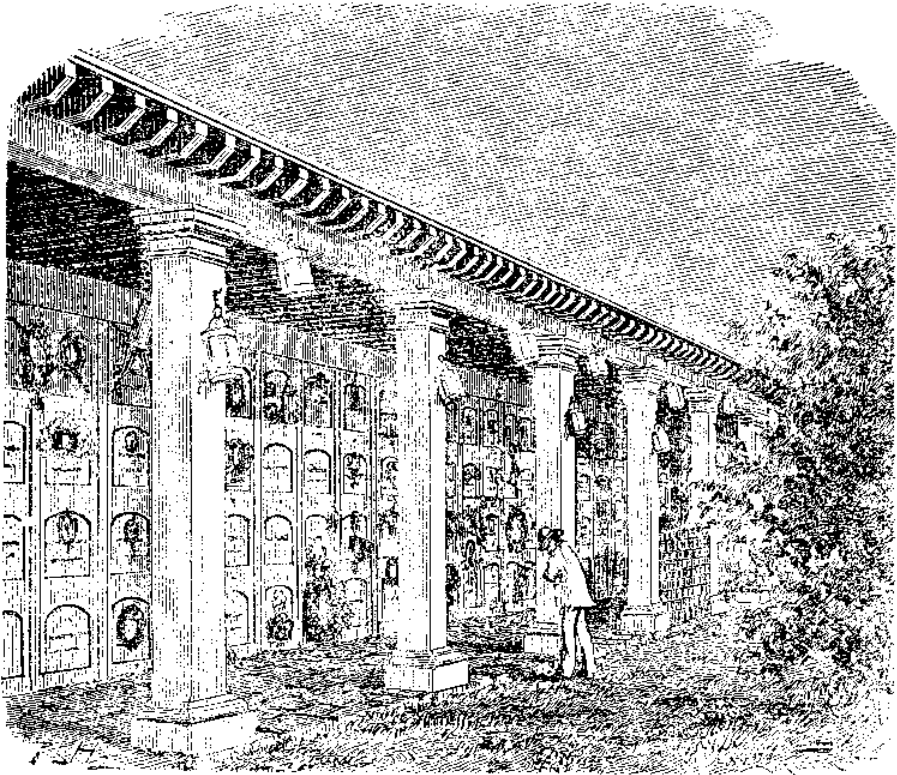


Fig. 27. — Nichos en Cementerio, San José, C. R.

continuación de mi viaje. Decidí quedarme por algún tiempo en una hacienda con el nombre de "Caño Seco", cerca del Río Pacuare y del ferrocarril entre el Río Sucio y Puerto Limón, en la vertiente del Atlántico de Costa Rica. Primero tenía, sin embargo, que volver a Punta Arenas para buscar a Boström y mi equipaje. Los días que pasé en la meseta central, los utilicé en excursiones y partidas de caza, entre ellas en compañía del Dr. José Zeledón, médico y ciertamente el ornitólogo más destacado de Costa Rica. De él conseguí muy valiosas informaciones sobre la fauna de pájaros de Costa Rica y su modo de vida, en especial en las tierras altas. Utilicé un día en un viaje hasta Cartago, la ciudad más antigua de Costa Rica y una de las más antiguas de toda América Central, ahora, después de haber sido dañada varias veces por terremotos, muy inferior a su rival, San José. Cuenta ahora bien unos 6.000 a 7.000 habitantes y tiene fuera de la antigua Catedral, apenas algunos edificios que merezcan mencionarse. Con un viejo y experimentado "cazador" como guía, hice algunas partidas de caza alrededor del pie del Irazú y pude formar una pequeña pero valiosa colección de pájaros.

Donde un viejo coleccionador y comerciante alemán, Carmiol, hice varias visitas y no me cansé nunca de admirar su bella huerta, donde había colec-

cionado una cantidad de plantas raras de todas las regiones de Costa Rica y además muchas especies de otras partes del mundo; éstas, sin embargo, no tenían para mí mucho interés. Tuve incluso la oportunidad de estudiar allí algunos especímenes raros de la fauna centroamericana. Para los que estudian esta fauna y esta flora en los museos de Berlín y de Londres, el nombre de Carmiol, es bien conocido, porque muchas especies interesantes han sido enviadas por él a sus colecciones.

Antes de salir de San José visité la plaza del mercado central. Era día de mercado y por eso, particularmente animado. La plaza del mercado consiste en dos grandes galpones un poco demasiado recargados de construcciones alrededor y en ciertas partes, provistos de una gran cantidad de productos extranjeros y nacionales. Estos últimos no eran, si se hace excepción de los alimentos, de una calidad especialmente rica y variada. Objetos de paja, como tapices y sombreros, trabajos en madera de la forma más sencilla y siempre sin arte, gruesos textiles, sencillos recipientes de barro, pieles y sus más sencillos artículos ya hechos y poquitos trabajos de metal, eso era todo lo que se podía atribuir a la industria nacional. Bellos y fuertes tipos, tanto hombres como mujeres, había en cantidad. Eran en general de corta estatura, pero bien proporcionados y ágiles.

La ciudad se encontraba rodeada de haciendas y ranchos, que en mayoría están decidadas al cultivo del café. Visité varias de estas haciendas y me quedé asombrado de las costosas construcciones que allí se encontraban para el cultivo del café y su explotación. El café de Costa Rica goza de buena reputación en el mercado mundial y ha sido desde hace mucho tiempo una fuente de riqueza para el país; ahora (en 1882) el precio del café está tan deprimido, que se oyen muchas quejas sobre los malos tiempos y sobre la política poco cuerda de colocar la fuerza de producción más importante del país sobre un solo producto.

Un domingo en la mañana, dejé San José de nuevo hacia el Oeste. Los vagones del ferrocarril estaban llenos de cantidad de personas, vestidas con sus mejores trajes, que iban a hacer visitas del domingo en las vecinas ciudades de Heredia y Alajuela. En esta última ciudad obtuve una magnífica mula y continué mi viaje, a pesar que ya era totalmente oscuro. La oscuridad no causó inconvenientes, porque la mula encontraba el camino. Pronto me encontré con un viejo padre, que me ofreció compañía hasta Atenas "porque", me dijo, "la distancia es más corta para dos que para uno". Y así fue, gracias a sus descripciones llenas de humor de la vida de familia en Costa Rica y a sus quejas sobre los extranjeros en el país, que infectaban sus rebaños, antes de tan buena voluntad, con su ateísmo, de manera que el pobre padre tenía muchas dificultades para seguir adelante con los escasos sacrificios que ahora en estos tiempos se hacían: de otra manera había sido en su juventud. A las 8 subió la luna sobre la cresta de la montaña y alumbró claramente nuestro camino de la Garita, arriba y abajo del valle del Río Grande. Pronto nos encontramos sentados el padre y yo ante el fuego en la pequeña pensión de Atenas y con una botella de vino rojo de California se soltó aún más la amarra que él tenía en

la lengua y temo que con un oyente menos discreto que yo, podría haber penetrado profundamente en los secretos picantes de algunas nobles damas. Me retiré para tomar algunas horas de reposo y continuar el viaje hasta San Mateo antes de la salida del sol. Poco después de las 4 de la mañana monté y a las 6 me encontré el sol pasando la cresta de los montes del Aguacate; por lo tanto tuve así sombra en buena parte del camino a lo largo de la empinada ladera de la montaña. Llegué a San Mateo bajo una fuerte lluvia y me detuve allí algunas horas esperando mejor tiempo.

Como la lluvia se detuviese un momento, monté de nuevo, pero exactamente en el encantador valle que forma el Río Jesús María, nos alcanzó una de las lluvias más torrenciales que yo haya enfrentado en mi vida. Busqué refugio bajo un ficus de espeso follaje; Nerón se agazapó debajo de la mula y se colocó entre sus piernas, donde encontró alguna protección de mi capa, que colgaba, por ambos lados. En menos de 5 minutos la lluvia penetró en torrentes a través de nuestro techo y en un instante estuve enteramente empapado, con mis botas llenas de agua. Ya que no tenía nada que perder me puse de nuevo en camino. El camino se había ahora convertido en un rápido riachuelo y sólo con sumo cuidado podía la mula avanzar lentamente.

Fue peor cuando tuvimos que pasar el río. Como ya lo dije anteriormente, encima de él pasaba un puente masivo de piedra canteada con un parapeto o muralla de piedra de un metro de alto; del otro lado sube el camino empinado, al borde de paredones casi cortados a pique. Por eso caía el agua en una sola masa sobre el puente y allí se encontraba con la corriente creada por la lluvia a lo largo del camino del lado opuesto. El puente estaba por lo tanto lleno, hasta el borde de los parapetos laterales, de agua arremolinada y espumosa. Como la vez anterior que por aquí pasé el fondo del puente tenía una capa profunda de lodo, la travesía era un poco crítica y la mula rehusó obstinadamente hacer la tentativa de pasar el puente. Para defender en caso necesario mis colecciones tomé mis alforjas bajo el brazo, le puse a la mula un pañuelo amarrado sobre los ojos y la conduje con las espuelas y la fusta en el agua: subía hasta el arzón de la silla, pero llegamos felizmente al otro lado.

Muchas veces resbaló mi pobre bestia en la correntada de agua mezclada de lodo, que caía a torrentes de la ladera de la montaña y ansiosamente comencé a buscar un rancho para tener una protección contra la lluvia, que en espesas, implacables correntadas me bañaba de los pies a la cabeza. Por fin, al cabo de otra media hora de camino divisé una casita gris y la mula, tan deseosa como yo de tener un techo sobre su cabeza, hizo algunos vanos ensayos de trote. Los tres fuimos amistosamente recibidos por los dueños del rancho. El hombre cortó zacate para la mula, su esposa preparó café para mí y tortillas tostadas para Nerón y su pequeña hija se comió todo el chocolate con azúcar que había traído de San José. Aquí me quedó un par de horas conversando con la contenta pareja, que eran dueños de un pequeño lote de tierra, donde cultivaban un poco de maíz y ñame y tenían un viejo caballo y una vaca, que "el año próximo les daría

leche para el café". Sus bienes consistían además de un gallo y cuatro gallinas y sus implementos de agricultura, en dos machetes y un enorme mortero de madera donde machacar maíz. La lluvia penetraba a través del techo por varios lugares y formaba en el suelo, que era de pura tierra, lagunas. El hogar era hecho, como de costumbre, de una tabla, con arena encima y tres piedras para sostener la marmita. Los camastros de caña blanca eran duros para que allí pudiera dormir alguien que no estaba acostumbrado.

Cuando la lluvia se hubo calmado un poco, nos pusimos de nuevo en camino, refrescados por el descanso en casa de los amistosos anfitriones de la pequeña y solitaria choza. Después de una hora de cabalgata la lluvia se volvió tan recia que de nuevo tuvimos que buscar asilo en un ranchito al borde del camino, aún más chico y más pobre que el que habíamos dejado, pero aún aquí encontramos lugar suficiente y buena voluntad para el extranjero. Cuando la luna salió fue posible seguir el camino y finalmente a las 9 de la noche llegamos rendidos y empapados a Esparta. M. Lacoste estaba desesperado de mi llegada tan tarde: no tenía ninguna buena comida que ofrecerme. Yo lo calmé prontamente dándole la prueba que pan y queso y una buena botella de Bordeaux podían consolar hasta a un viajero hambriento y en estado lamentable. En la mañana siguiente llegué a Punta Arenas y comencé a equiparme para dejar definitivamente el Océano Pacífico y dirigirme al lado del Atlántico. Como tenía que esperar que llegase el vapor de Panamá, con el cual tenía que venir Boström, empleé mi tiempo en partidas de caza y en operaciones de dragado del fondo del mar. Entre otros tiré 5 cocodrilos, entre la alegría de los ribereños, porque los glotones anfibios les mataban a veces una gallina, a veces un perro. Una pequeña monita muy bonita —"mono cara blanca"— como los llaman los costarricenses, fue incluso una de mis presas. Iba en ese momento a darse una banqueteada de grandes larvas de escarabajos, cuando la tiré y la libré para siempre de preocupaciones de comida. En consecuencia de su inclinación hacia el alimento animal no es considerado como una golosina. La especie *Ateles*, sin embargo, que vive exclusivamente de frutas, es considerada como especialmente agradable al gusto y recuerda mucho al pavo y al capón.

Boström llegó por fin, sano y alerta. Salimos hacia San José después de una despedida, manifestándole nuestro agradecimiento al Capitán Masters, y a Herr Rohmoser y a otros. El equipaje más pesado había sido enviado antes por carretas, los vehículos pesados de que ya hablé anteriormente, que son tirados por bueyes y mantienen las comunicaciones con la costa y las tierras altas.

Antes de dejar la costa Oeste de Costa Rica, a la cual desgraciadamente no tuve la oportunidad de volver, dejaré aquí algunas notas cortas sobre los habitantes antiguos de esta tierra y sobre la colonización por los españoles.

Si la costa fue descubierta y visitada ya por Colón en Octubre de 1502 en su cuarto viaje, la costa Oeste del país, con los dos grandes golfos de Nicoya y el Dulce, fue descubierta en 1516 por Fernando Ponce y Bartolomé Hurtado, enviados por el gobernador de Panamá, Pedrarias Dávila. No hicieron, sin embargo, ningún desembarco en el Golfo de Nicoya, que fue llamado por ellos Golfo de Lúcar. Merece crédito la suposición que las dos carabelas, en las cuales hicieron su expedición eran las primeras que fueron construidas por europeos en la costa del Pacífico; el constructor era nada menos que el descubridor del Océano Pacífico, Vasco Núñez de Balboa, su astillero se encontraba en una de las Islas de Perlas. Pedrarias no sacó inmediatamente beneficio del descubrimiento que sus "tenientes" habían hecho, pero un noble español, Gil González de Avila, que había tomado a su servicio al piloto de la expedición anterior, Andrés Niño, obtuvo de la Corona Española el derecho de conquistar las tierras al Noroeste de Panamá. Construyó también en las Islas de Perlas, dos navíos y desembarcó en 1521 en la Punta Burica, de donde en parte por tierra y en parte por mar subió a lo largo de toda la costa Oeste de Costa Rica, bautizó indios y se apoderó de sus tesoros. (Durante su viaje bautizó a 32.264 indios y consiguió 112.523 pesos de oro y además 145 pesos de perlas. Un peso de oro es más o menos el equivalente de 12 coronas de moneda sueca).

En la actual Nicoya y Guanacaste oyó hablar al Cacique Nicoya del gran mar interior Cocibolca —el Lago de Nicaragua— y de sus ricas y densamente pobladas costas. De allí continuó su expedición por tierra hacia Nicaragua y conquistó la tierra, pero por el momento no lo seguiremos allí. Bautizó muchos indios y reunió mucho oro.

Esto despertó la envidia de Pedrarias Dávila, quien equipó una nueva expedición bajo el mando de Francisco Fernández de Córdoba, quien desembarcó en la Península de Nicoya y fundó en 1523 la ciudad con el nombre de Bruselas, en la vecindad del gran pueblo indio de Orosí. Esta fue por lo tanto la primera ciudad de Costa Rica. Siguió su viaje hacia Nicaragua.

Los indios que los dos conquistadores encontraron a lo largo de la costa Oeste de esta tierra y en la tierra entre el Golfo de Nicoya y el Lago de Nicaragua —Chiruiras y Orotinas— son descritos como apacibles y de buena voluntad, viviendo en mayor parte bajo caciques o jefes, a menudo en grandes pueblos e incluso en ciudades. Cultivaban la tierra, tenían joyas de oro y cobre fundidos y forjados y se encontraban en un alto grado de cultura, aunque en este respecto inferiores a sus vecinos del Norte, los Niquiranos, que estaban establecidos en el estrecho istmo entre el Lago de Nicaragua y el Pacífico.

Costa Rica entretanto quedó bastante olvidada de Pedrarias y sólo en 1538-1540 por primera vez comenzó alguna colonización de las tierras altas y se fundó Cartago. Bruselas dejó entonces de existir porque en las luchas entre Diego López Salcedo, heredero de los derechos de Gil González y Pedrarias, fue la ciudad completamente destruida en 1527 y sus habitantes



y los sobrevivientes fueron conducidos hasta la costa Este del Lago de Nicaragua, para fundar una nueva ciudad, Nueva Jaén.

En 1540 fue por primera vez separada Costa Rica como una Capitanía General aparte. Se le llamó al principio Veragua Real, después Capitanía del Desaguadero, Provincia de Cartago y después, en 1560, Costa Rica. El primer Capitán General fue Diego Gutiérrez, quien fundó la ciudad de Santiago en los territorios de los indios Suarre (región alrededor del Río Pacuare). Pero ya en 1545 fue esta ciudad atacada y destruida por estos indios guerreros y don Diego y sus gentes fueron masacrados. Los Capitanes Generales que lo siguieron continuaron sin gran éxito a tratar de poner pie firme en el lado Este.

Así fundó Diego de Sojo en 1605, cuando Juan de Ocón y Trillo era Capitán General, la ciudad de Santiago de Talamanca y por eso recibió además toda la región Sureste de Costa Rica el nombre de Talamanca. En 1610 se alzaron los indios, destruyeron completamente la ciudad y mataron a sus habitantes. A pesar que varias expediciones se hicieron más tarde a Talamanca y a la parte Norte de la costa Este, se cansaron por fin los españoles de estas constantes guerras y derrotas y la población de Costa Rica se concentró de más en más en la magnífica tierra alta alrededor de Cartago. El último Capitán General, Tomás de Acosta, se ganó con justicia el derecho al agradecimiento del país por la introducción del cultivo del café.

La independencia tuvo lugar completa y pacíficamente el 15 de Septiembre de 1821 y desde entonces hasta 1857 ha tenido el país un desarrollo relativamente rápido. El primer presidente fue Don Juan Mora, 1821-1832, un noble patriota y un activo y hábil jefe de Estado, con quien Costa Rica contrajo grandes deudas. Costa Rica no ha sido sacudida por las sangrientas revoluciones, que han ensangrentado sus repúblicas hermanas desde 1821. Dos veces, sin embargo, durante este período, han tenido los costarricenses que tomar las armas: en el año 1842 contra el General Francisco Morazán, quien quiso crear una Federación de Repúblicas Centroamericanas según el modelo de los norteamericanos y en el año 1856 para liberar a Nicaragua y al mismo tiempo a Centroamérica del dominio del aventurero Walker. Desgraciadamente, en el primer caso el Concejo costarricense puso una mancha imborrable sobre su honor al ajusticiar al patriota y noble Morazán. Después de 1859, cuando el moderado y altamente merecedor por el progreso del país Rafael Mora, fue derribado por José María Montealegre, la República ha sido sacudida por revoluciones o sufrido despotismo militar. El presidente, muerto poco antes de mi llegada a Costa Rica, Tomás Guardia, gobernó el país dictatorialmente, sostenido por un ejército considerable.

Costa Rica tiene una extensión de unos 60.000 kilómetros cuadrados con una población entre 170.000 y 180.000 habitantes y está dividida en 5 departamentos: San José, Cartago, Heredia, Alajuela, Guanacaste y dos comarcas: Punta Arenas y Puerto Limón.

## Capítulo XII

# SIQUIRRES

El domingo 8 de Agosto (de 1882) abandonamos Punta Arenas para dirigirnos hacia la Costa Atlántica de Costa Rica, pasando por San José. El tren para Esparta salió ese día más tarde que de costumbre, por motivo de la huelga de los trabajadores del ferrocarril en el Río Barranca; reclamaban, en suma, el pago de su trabajo. En su mayoría eran negros de Jamaica. Por fin salió el tren: antes de llegar a Barranca se pidió a los pasajeros tener sus revólveres listos, lo que tuvo como consecuencia que algunos se bajaron y regresaron a pie a Punta Arenas. Los negros fueron, sin embargo, bastante decentes, no tenían armas de fuego y nos dejaron pasar sin detenernos. A las 5 llegamos a Esparta, después de varias paradas para limpiar la vía de piedras y arena caídas por derrumbes. Nuestras mulas nos esperaban y después de un almuerzo tomado a toda prisa donde M. Lacoste, comenzamos el viaje. Escapamos a la lluvia y el camino estaba bastante bueno. Tarde en la noche llegamos a San Mateo. Temprano de la mañana siguiente, desde las montañas del Aguacate, dijimos adiós al Océano Pacífico y llegamos a las 4 de la tarde a Alajuela, donde tomamos alojamiento por la noche.

No nos detuvimos más largo tiempo en San José que lo que necesitábamos para comprar nuestras provisiones y lo dejamos en una gran cabalgata, que se componía de mi anfitrión en Caño Seco, Herr Müllner, Herr Steinworth, Herr Carmiol y Herr Hübsch, los que durante algunos días deberían ser los huéspedes de Herr Müllner. Herr Hübsch era botánico, originario de Bohemia y hacía el viaje principalmente para coleccionar y estudiar orquídeas.

Salimos temprano en la mañana; nuestra meta era el Río Sucio y de allí la línea del ferrocarril, de unos 50 kilómetros de largo, hasta Puerto Limón, el único puerto de Costa Rica en el Atlántico. Al comienzo el camino va hacia el Noreste y finalmente al Norte de San José sobre la planicie, incluso de este lado densamente poblada, a través de pequeños pueblos con grandes iglesias, sobre arroyos pequeños pobres en agua, a través de profundas hondonadas. El punto más alto del camino fue según mi barómetro un poco más alto de 1.800 metros. Pronto comenzamos a bajar hacia la cal-

zada ancha recién construida: tenía durante largos trechos una fuerte pendiente y pasaba a través de una tierra casi enteramente sin cultivos, una tierra que parecía ofrecer muy pocos y limitados lugares para la agricultura, tan a pico se levantaban a ambos lados las montañas del estrecho valle. También parecía curioso que se hubiese escogido construir un ferrocarril a través de esta abrupta garganta, ya que efectivamente se encuentra un poco más lejos un camino mucho más fácil, por Angostura. Pero el ferrocarril no ha sido construido aún aquí y todavía pueden pasar algunos años antes que el Estado, con sus créditos en mal estado por el momento, pueda tener los medios para su construcción. Al fondo del valle en esta profunda grieta corre el Río Hondura, el que seguimos durante una par de horas, después de haber descansado en la hacienda del mismo nombre. No recuerdo haber visto nada parecido a la naturaleza del valle del Hondura, si no es en ciertas partes de la Rossdalen en Noruega. Durante todo este viaje se tiene una bella colección de vistas majestuosas, a veces sin tomar en cuenta su vegetación rica más allá de toda descripción, casi melancólicas debido a las formas sumamente parecidas de las montañas y a sus profundas sombras. Bajo nosotros susurraba el río, a veces a través de inmensas arcadas entre los farallones, a veces a través de los matorrales verdi-negros del bosque, con troncos de árboles tan llenos de nudos y tan contorsionados como si fueran viejos y solitarios pinos enanos.

Detrás de nosotros y encima de nuestras cabezas, hasta cerca de cien metros más arriba de nosotros serpenteaba el camino, que justamente habíamos recorrido, como una cinta blanca. Cuelga al lado de los escarpados paredones de la montaña, en curvas como serpientes y podíamos oír los gritos de los conductores de mulas y de carretones, tanto arriba como abajo de nosotros, a pesar que teníamos varios kilómetros de distancia, a lo largo del camino, entre ellos y nosotros. La última vuelta del Hondura lleva el nombre de Río Blanco: desemboca en el Río Sucio. La última parte del camino la cabalgamos a lo largo de este último río, que en toda justicia merece su nombre de Sucio; sus aguas amarillas, mezcladas de lodo, resaltan en contraste con las aguas cristalinas del Río Blanco.

El camino de San José al Río Sucio es a la vez sumamente caro de construir y difícil de mantener: una gran fuerza de trabajadores está casi continuamente ocupada en reparaciones y después de las fuertes lluvias es peligroso de pasar. A la estación del Río Sucio llegamos con buen tiempo para almorzar y asegurarnos un hospedaje para la noche. Hay allí tres pequeños hoteles y unas 40 a 50 casas de madera construidas con más o menos cuidado y chozas de hojas de palmera. El lugar tiene la única importancia de ser la estación final del ferrocarril.

En la mañana tuvimos que andar más de lo que habíamos pensado para llegar al tren. Después de la última fuerte lluvia el puente provisional para el ferrocarril sobre el Río Sucio se había dislocado tanto, que no se atrevían ahora a dejar pasar una locomotora. En comparación con Esparta, esta vía del ferrocarril es sólida y está bien construida. Es de vía estrecha. Durante el viaje paró el tren algunas veces para cargar leña para la

locomotora, en lugares apropiados para ello. En Jiménez, la primera estación después del Río Sucio, tuvimos una parada para el almuerzo. El ferrocarril corre a través de una región dotada por la naturaleza de manera rica y poco común, rica en frutas, y a través de una cantidad incontable de arroyos y ríos. El más grande de estos ríos es el Río Reventazón, que pasamos antes de llegar a nuestro destino, el Siquirres. El puente de hierro, de construcción americana, es ligero y elegante y mide algunos 100 metros de largo.

En bellezas naturales esta línea de ferrocarril puede casi compararse con la línea Colón-Panamá: una vegetación ricamente variada y lozana, con muchos árboles gigantes muchas veces centenarios y con los inmensos volcanes y la cadena de montañas al fondo, elevándose a pique con sus cimas de variadas formas, coronadas de bosques. De Siquirres tuvimos apenas un cuarto de hora de camino hasta la hacienda Caño Seco, que sería nuestra casa durante algunas semanas. Pertenece a dos alemanes, Herr Müller y Herr Schäfer, que ambos han tenido altos puestos de confianza en la compañía que ha construido el ferrocarril del Atlántico. Han formado aquí en medio de la selva una hacienda y pueden ya mostrar algunos centenares de manzanas cultivadas con maíz, caña de azúcar, cacao, tabaco, bananas, ñames, yuca, batatas, etc. Además tienen grandes rebaños de ganado en pastos naturales a lo largo del Río Pacuare. Más o menos en medio de un claro en la selva, se encuentra la casa, cerca del pequeño arroyo sin pretensiones del Caño Seco, del cual la hacienda ha tomado su nombre. (Fig. 28). La casa es, de acuerdo con las condiciones locales, grande, ligera y aireada, construida de madera y tablas ligeras. En el piso de arriba hay una gran pieza y dos pequeños dormitorios. Los muebles en la pieza grande son una gran mesa rectangular en el medio, rodeada de dos pesados bancos de madera y de un sillón de cuero, una pequeña mesa en una de las ventanas delante de la pared y otros utensilios reunidos a lo largo de la pared, entre las vigas del techado tres catres de campaña, y detrás de ellos una cantidad de cajas de clavos, pintura y todos los implementos necesarios en una hacienda bien organizada. En cada dormitorio sólo una tosca cama con pilares y algunas repisas sujetas en la pared. Las ventanas, naturalmente sin vidrios, se cierran con pesadas hojas. El techo está construido de una manera poco común, techado con astillas de una especie de árbol, aserrado por Herr Schäfer, con su propia mano. En una veranda, o como se les llama aquí, *corredor*, hay una cantidad de barriles, con provisiones de toda clase, como carne salada, cerdo salado, pescado seco, frijoles, arroz, maíz, sal, azúcar, café, etc. El otro corredor está, como el vestíbulo del piso, separado de la escalera sólo por una baranda.

El piso de abajo está abierto, el piso es de tierra. Allí se guardan sillas de montar, cinchas de cuero, cajones, carretones, y otras cosas. A un lado hay una casucha de troncos de palmera, con unas 10 tablas colocadas a una cierta altura del suelo, los dormitorios: éste es el campamento de los peones. En otra pequeña casucha a su lado está la bodega para tasajo o carne secada al sol. A algunos pasos de la casa principal hay una más pequeña, de troncos de palmera y con techo de hojas de palmera. Esta

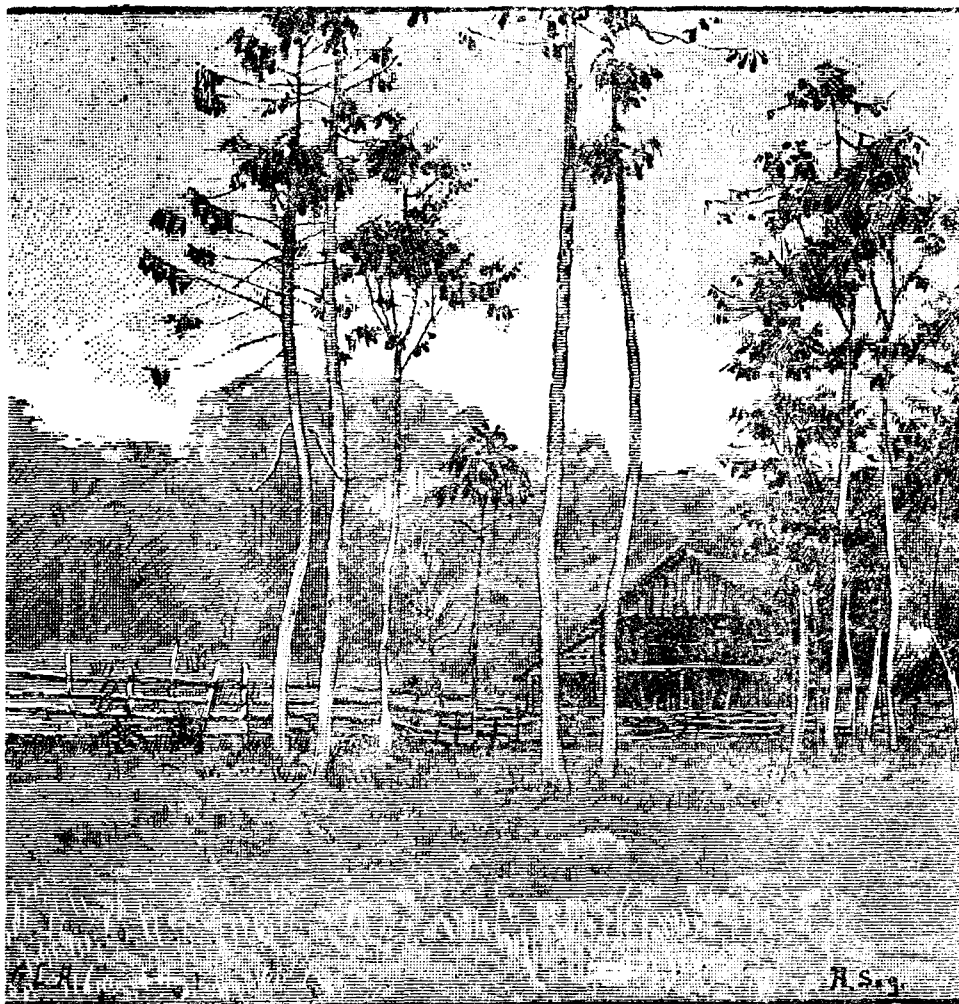


Fig. 28. — Hacienda Caño Seco.

no tiene sino tres paredes, el cuarto lado está abierto: ésta es a la vez la cocina y el comedor. La cocina o el hogar es de la misma sencilla construcción que hemos visto antes en los pequeños ranchos de las tierras altas o donde los negros de las Islas de Perlas: una tabla de madera descansa sobre cuatro patas fijas en el suelo, encima una capa de tierra y algunas piedras; en otra esquina hay un horno para hornear de la forma más sencilla y en medio de la pieza una mesa pesada y bancos de madera. La comida era sana y sólida, el café y el cacao excelentes.

Puesto que era necesario que tuviese siempre listo un medio de transporte para mis excursiones, compré un caballo. No me costó más de 20 dólares y sin embargo se le llamaba a este caballo "un árabe" por su forma ágil y por el 1/10 de sangre árabe que debía correr en sus venas. Era un potro café, de patas fuertes, algo grandes, ancho pecho, ágil, con un cuello airoso y bien formado y con una cabeza particularmente bella. Había per-

tenecido a un capitán de caballería, conocido por sus solitarias cabalgatas en las montañas en tiempo de su servicio en las fronteras de los indios, que el año anterior había muerto en un combate. El caballo me sirvió mucho, porque aunque el terreno fuese difícil, siempre podía ir adelante, ya fuese que se tratase de escalar escarpados precipios o guiarse a través de pantanos. Con respecto a terrenos pantanosos o tremedales y otros terrenos tan desagradables mostraba una notable capacidad de reflexión. Las primeras veces que estos obstáculos aparecieron, buscó con mucha prudencia el terreno más sólido que hubiera; pero después que hubo hecho más amistad con Nerón, esperaba que el perro hubiese buscado el terreno y después seguía su huella: de la misma manera en el vado de los muchos ríos. Era un caballo como hecho especialmente para un naturalista vagando a través de la selva. Había recibido el nombre de "El Culebrón".

En una de mis primeras excursiones tiré un pajarito gris-verde, que no conocía y me entró la curiosidad de examinarlo entre las hojas secas en un rincón del tronco de un árbol viejo, un cedro, donde creí que había caído. Cuando comencé a buscarlo entre las hojas, encontré allí enrollada una toboba (*Trigonocephalus* sp.) de dos metros y medio de largo, una víbora particularmente peligrosa: apoyaba la cabeza contra el suelo y parecía dispuesta a huir. Yo dispuse no tirarla, porque esto dañaría de manera irreparable la piel; no tenía conmigo ni varilla de acero con horqueta, ni aparato favorito para la caza de serpientes. Por lo tanto busqué mi machete y lo enterré en la cabeza de la víbora hasta el suelo: de esta manera quedó ella clavada. La lámina del machete no tenía más de 3 centímetros de ancho, pero era cortante como un cuchillo. El cerebro de la víbora había sido separado en dos mitades, pero esto no impidió que se lanzase con tanta violencia que yo con toda mi fuerza tuve que enterrar el machete en el suelo para impedir que el animal se alzase del suelo. Después de un par de minutos terminó de moverse. Retiré entonces el machete, pensando que la víbora estaba muerta; pero con nuevas fuerzas y a toda velocidad se arrastró del lugar donde estábamos y antes que yo hubiera pensado en seguirla desapareció en un ancho campo de yerbas, más de 40 metros del lugar donde la había descubierto. Una huella de sangre dibujaba el camino que había seguido, pero a pesar que Herr Hübsch y yo buscamos durante una media hora a través de las hierbas, no pudimos encontrar su cuerpo. Lo que es una prueba de una fuerza vital muy grande, porque la cabeza, con el cerebro, estaban completamente seccionados, desde el hueso nasal hasta la primera vértebra del cuello.

Una mañana monté a caballo, todo el grupo era de unos seis hombres, para visitar una hacienda, ahora abandonada, con el nombre de Esperanza, situada del otro lado del Río Pacuare. Pasamos a caballo un magnífico camino a través del bosque en el cual los caballos se hundían profundamente en el suelo empapado; ramas con espinas y bejucos amenazaban arrancar a los caballeros de la silla; pero la riqueza en animales y plantas y la agradable frescura bajo la cúpula de hojas verdes impenetrables nos recompensaba de sobra de estas pequeñas molestias. Un magnífico adorno de estos terrenos pantanosos es la *Strelitzia* con sus grandes flores rojo-

oscuro. *Callistoa* (*Callistoa elastica*), aquí el árbol común del caucho, crecía en grupos en las laderas poco empinadas de los valles y daba vida, con su tronco gris-blanco, elegante y fino y con su copete amplio verdeclaro a la selva vecina, más oscura, que nos rodeaba. "Palmitos", un par de especies de *Areca*, varias especies o variedades de cacao salvaje se mezclaban las unas a las otras y juntas a veces con bejucos rectos, a veces enrollados, a veces triangulares, muchos de ellos con sus grandes frutos de formas curiosas. Y por todas partes sobre el suelo, sobre los troncos y sobre las ramas, e incluso sobre los mismos bejucos crecía una inmensa cantidad de helechos, el uno más fino y más gracioso que el otro.

Vadeamos el estrecho Caño Seco, después pasamos el Siquirres, ambos desembocan en el Río Pacuare, que es la corriente de agua más importante de esta región de Costa Rica. Corre arriba hasta el Cerro Chirripó y luego cae al Atlántico a unos 40 kilómetros de Puerto Limón, después de un recorrido de más de 100 kilómetros de largo. Es un río majestuoso de aguas cristalinas. En la vecindad de la hacienda Caño Seco lo pasa el ferrocarril sobre un puente colgante de hierro. Cuando llegamos a la ribera del Río Pacuare, dejamos nuestros caballos al cuidado de un individuo de color indefinido que vivía en una sencilla choza al borde de la ribera del río. Pasamos el río a bordo de un bote viejo rajado. Desembarcamos cerca de un ranchito, que pertenecía a un famoso cazador de esta región, con el nombre de Salvador. El motivo principal de mi excursión ese día era conseguir los servicios de este hombre para mis excursiones en la montaña y en la selva. Su casa era un cobertizo bajo abierto que daba cabida a cuatro camastros, tan cercanos los unos a los otros como era posible. Se le podía llamar más bien una cama para cuatro que una casa. Sobre los camastros colgaban importantes cantidades de carne de cerdo salvaje que allí se secaba. Un pequeño cobertizo a un lado servía de cocina. Después de haber bebido un refresco agradable de cacao y después de haber masticado algunas pulgadas de tasajos de carne de cerdo salvaje, tomamos un camino a través del bosque que subía un poco hacia la Esperanza. La hacienda tenía una magnífica situación, encima de un cerro con vista sobre el Pacuare, pero todo lo que necesitaba la mano del hombre para su mantenimiento estaba ahora en ruinas; en cambio había allí una gran riqueza en árboles frutales y plantas caras. Había 6 especies de diferentes cítricos, dos variedades de aguacates (*Persea gratisima*), cuatro especies diferentes de cacaos con enormes mazorcas, cuatro especies de bananos (*Musa paradisiaca*, *M. guinensis*, *M. sapientum* y *M. africana*), dos especies de cafetos, árboles de fruta de pan, higueras, zapotes, almendros, palmeras de cocos y otras, y maíz, arroz, ñame, yuca, frijoles, sandías, melones dulces, piñas, etc. En un solo lugar nunca he visto antes y después una tan grande cantidad de nobles y útiles plantas creciendo en libertad. Los enormes ejemplares mostraban también que este terreno era particularmente fértil, incluso para estas regiones. Aquí vivía ahora tan sólo un peón con su querida y ésta, una india gorda y bizca de la tribu Chirripó, era el motivo de una enemistad a muerte entre Mariano, el peón y Salvador, el cazador; podían estar seguros de ser recibidos con certeros balazos si venían a la vecindad de la casa del otro. Vivían, más o menos, a medio kilóme-



tro el uno del otro y la distancia a los vecinos más cercanos era de 12 a 15 kilómetros.

Salvador vive de su escopeta: puercos salvajes (*Dicotyles labiatus* y *D. tacaju*) y venados son su habitual botín y alguna que otra vez un tapir y cuando hace falta, un mono. La carne la vende él cruda o como tasajo a las haciendas vecinas y al personal del ferrocarril. Ha sido antes "ulero", pero no se encuentra bien viviendo con los negros de Jamaica, que más y más comienzan a establecerse en estas tierras para recoger caucho. Salvador no ha olvidado tampoco el arte de preparar perfectos "impermeables" capas de hule o sacos y bolsas del mismo material; se les usa aquí, en general, para viajes, y alcanzan un alto precio. De regreso, tiramos varias valiosas especies de pájaros y entre otras un halcón muy raro, blanco, grande y con manchas grises en las alas y algunas de las "Cacas" (*Hypnomorphus nitidus*), que viven en bandadas, pájaros de rapiña grandes, blanco y negro, que hacen estragos en los gallineros y que son perseguidos, por lo tanto, ardientemente.

Un día hice un viaje con Salvador arriba del Pacuare y en la región de los bosques, fuertemente quebrada entre este río y el Reventazón. Hicimos un muy rico botín de caza y descansamos en un pueblecito, Chirripó, de cuatro pequeñas y pobres chozas. Tanto los hombres como las mujeres tenían un tipo de cara raramente ancho (Fig. 29) y en comparación una



Fig. 29. — India de Chirripó.



forma tosca del cuerpo. Tenían plantíos de maíz y bananas sin importancia, pero vivían sobre todo de la venta de sombreros toscos tejidos y de tapices de fibras de palmera. Sobre el Río Pacuare pasamos sobre un puente colgante hecho con un cuidado excepcional de bejucos: estaba dotado de barandas o más bien de guías de finos bejucos y con un trabajo entretejido a ambos lados. (Fig. 30).

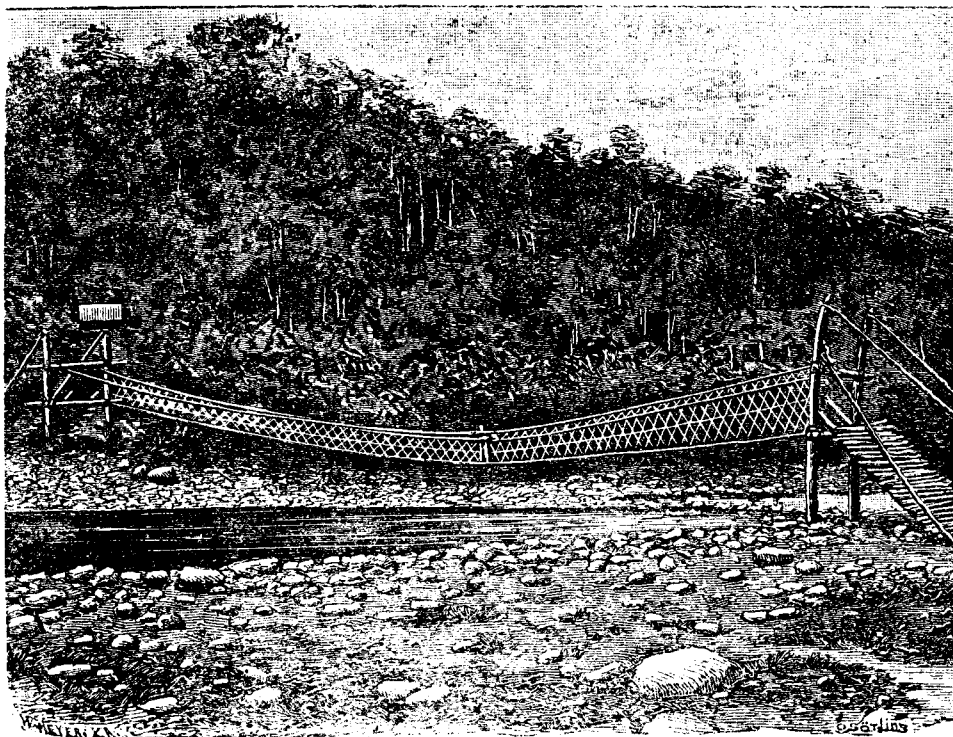


Fig. 30. — Puente de bejucos sobre el Río Pacuare.

Ya que Her Müllner y Herr Schäfer compraban también caucho, entré pronto en relación con los huleros, en su mayor parte negros, los induje contra la promesa de un buen pago a coleccionar algunos animales para mí. Un día vinieron dos de estos mis negros aliados, con una boa (Boa constrictor) todavía con vida, casi de cuatro metros de largo y 43 centímetros de ancho a medio metro de la punta de la cabeza. Estaba medio ahorcada con una soga. Para no dañar la piel la maté entonces con cloroformo, pero fue un trabajo muy difícil. También me trajeron algunos insectos y un par de lagartijas y quedaron muy contentos con los elogios, que además de pagarles, les di por su celo en este trabajo.

Día tras día crecían mis colecciones con interesantes novedades, pero por mucho tiempo había perseguido la caza de un pájaro misterioso, que aquí recibía el nombre de “paloma blanca”, aunque era más parecida a un halcón, que se mantenía sobre las cimas de los árboles más altos: era tan cuidadoso, que era imposible llegar a distancia de tiro de él y tan raro que

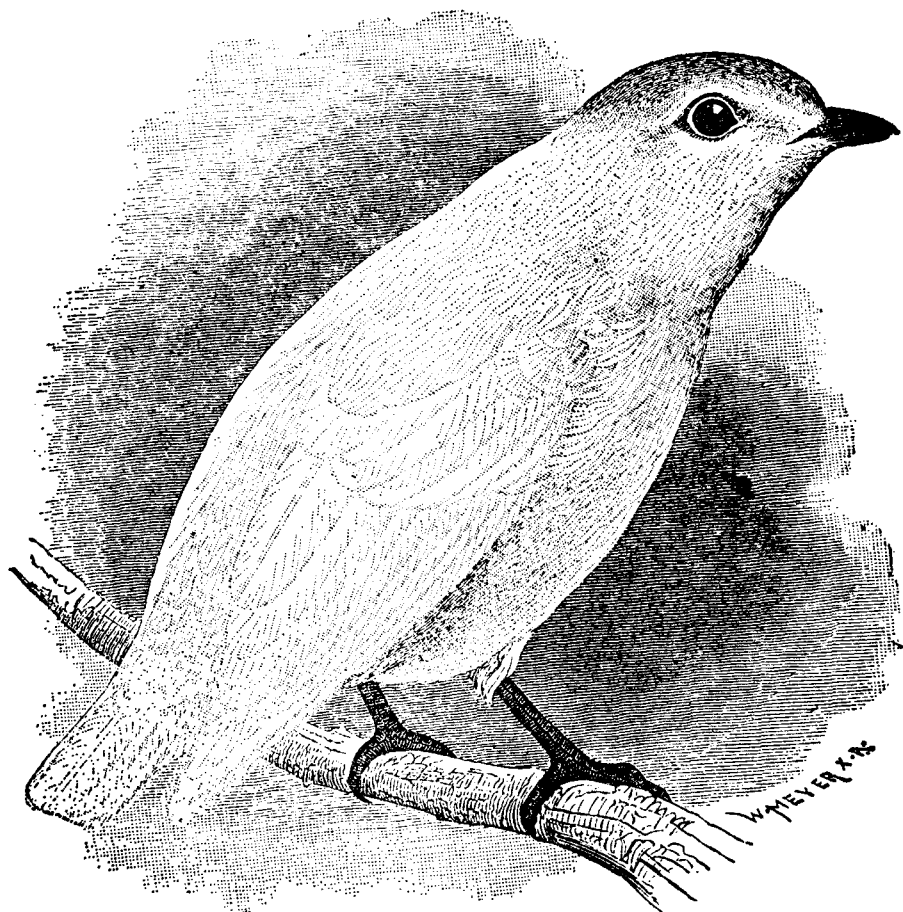


Fig. 31. — **Paloma blanca** (*Carpodectes nitidus*).

no se mostraba en este trecho del Río Pacuare que una vez cada cinco años. Naturalmente esto despertó mucho mi curiosidad y puse un premio de cuatro dólares para ese de mis huleros que pudiese tirar un ejemplar. Grande fue mi alegría, por lo tanto, cuando un día, al regreso de una excursión, encontré la mencionada paloma blanca sobre mi mesa. Había sido tirada por Her Schütt en Pacuarito, un afluente del Río Pacuare. Era en realidad uno de los pájaros más raros (*Carpodectes nitidus*, Fig. 31), antes conocido sólo por algunos ejemplares. Es uno de los más bellos pájaros que se pueda ver: todo el plumaje blanco brillante, con tonos azul-claro en la cabeza y espalda: grandes ojos con iris azul-claro, un pico bastante corto, fino, encorvado en la punta, un poco más corto pero más ancho que en los tordos cantores, las alas negras, ligeramente curvas y blancas brillantes, con la cola blanca, las patas negras. Me dirigí tan pronto que el pájaro fue preparado a la hacienda de Herr Schütt para buscar más detalles sobre su género de vida y tal vez poder ver uno yo mismo y tirar otro ejemplar.

La pequeña hacienda en Pacuarito tiene una posición seductora en la ribera del río, rodeada de palmeras y de árboles frutales y frente se alza una alta montaña con selva virgen. La casa se encuentra apenas a unos 100 metros del ferrocarril. Como nuestros pájaros blancos no se encontraban en el lugar donde Her Schütt los había observado antes, nos dirigimos a la selva entre Pacuare y Pacuarito. Nerón pronto encontró un tapir y la caza comenzó inmediatamente a todo galope. Tratamos de tirar el animal al borde del Río Pacuare, porque el tapir huye siempre hacia el agua más cercana, donde se encuentra a salvo. Nos colocamos, sin embargo, demasiado alto y tuvimos la mortificación de ver el animal algunos centenares de metros más abajo, nadando a través del río con su pequeña corta trompa levantada hacia arriba encima del agua. A esa distancia nuestras balas no podían hacerle ningún daño. Un venado, que Nerón trajo a distancia de tiro, nos consoló, sin embargo, de nuestra mala suerte y fue nuestro asado en el almuerzo.

Antes que el sol, ya estábamos nosotros levantados en la mañana siguiente y nos pusimos al acecho al lado del inmenso árbol, donde Herr Schütt había tirado algunos días antes el ejemplar de *Carpodectes*, que me había enviado. El árbol, para mí desconocido, tenía muchas frutas que eran pequeñas bayas azul rojo. Quién puede pintar mi alegría cuando más o menos una hora después de la salida del sol vi un pájaro plateado brillante, con un vuelo ligero y poderoso, posarse, viniendo de las cimas de las montañas que se alzaban ante nosotros. Se posó en la cima de un árbol de más de 100 metros de alto; nos deslizamos hacia allá y tiramos los dos —pero, tiro errado: la distancia era demasiado grande. Cargué de nuevo cuidadosamente algunos cartuchos, con más carga de pólvora y menos perdigones. Al cabo de media hora vinieron dos de los pájaros al mismo árbol, que era ciertamente el lugar de su desayuno: tuve la suerte de tirar uno de ellos y al cabo de un rato otros dos más. Mi expedición había tenido por lo tanto un éxito completo y contento me regresé de nuevo a Cabo Seco, para preparar y conservar mi botín.

Ya había estado aquí más de tres semanas en el corazón de Costa Rica Oriental y había hecho grandes colecciones naturales. Con Salvador había hablado de un viaje por río, bajando el Río Parasmina, tan grande como el Río Pacuare, porque cerca de su desembocadura o un poco más lejos al Norte, en uno de sus numerosos esteros y lagunas, que son el borde de esa parte de la costa de Costa Rica, ha habido casos en que se ha podido tirar y probablemente estudiar el manatí o “Comantín”, un animal marítimo grande que pertenece a la especie Sirenios y por lo tanto tiene algo común con el Dugón o Halicore de la costa Oeste de Australia y con la *Rhytina* del Mar de Behring, especie desde hace mucho tiempo extinguida.

Esta excursión que tanto prometía no se realizó nunca, porque una carta de mi amigo Herr Hübsch, quien un par de semanas antes ya había regresado a San José, cambió enteramente mis proyectos de caza. Contenía efectivamente una llamada del Obispo de Costa Rica, el Dr. Bernardo Augusto Thiel, para que lo acompañara en un viaje de misiones en Talamanca,

una región poco conocida desde el punto de vista geográfico y etnográfico y nunca visitada antes por un zoólogo o botánico. Era una llamada demasiado tentadora para rehusarla: pero como no podía dejar mis valiosas colecciones en Caño Seco abandonadas, llegué a un acuerdo con el Obispo de llegar dos días más tarde. Portadores de mi equipaje deberían encontrarme en Puerto Viejo, el lugar de desembarque más conveniente en la región de los Talamancas.

En la hacienda tuve ahora un trabajo muy arduo para poner en orden y empacar los objetos reunidos, que deberían quedarse en Caño Seco bajo la guardia de Herr Müllner hasta mi regreso de Talamanca. Mis amistosos anfitriones me ayudaron de todas maneras posibles con consejos y actos y en el día fijado me dirigí por tren de Siquirres a Puerto Limón. Esta

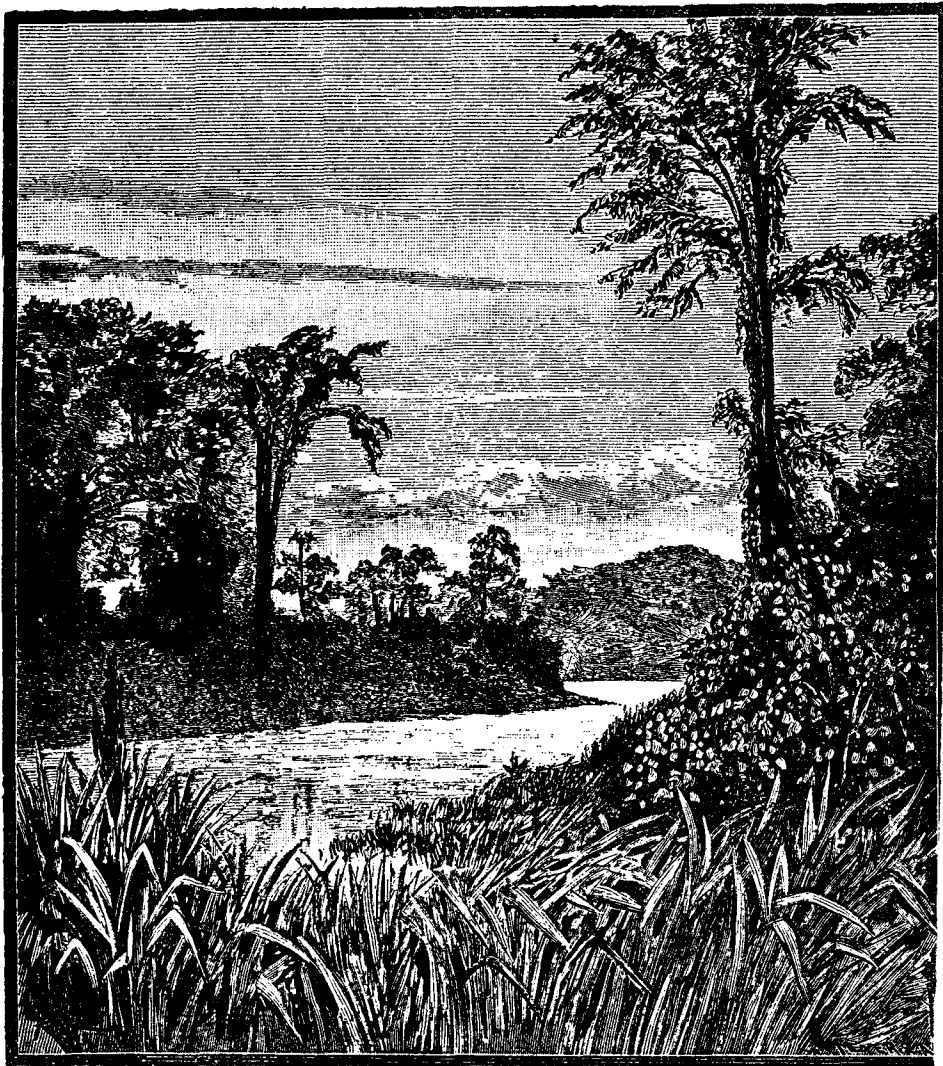


Fig. 32. — Río Matina.



parte del recorrido por ferrocarril no ofrece tantos panoramas variados como el trayecto del Sucio: aquí no hay grandes formaciones montañosas: viajábamos sobre una planicie, tierra aluvial que bajaba lentamente hacia el mar. Pero la tierra es rica, una de las más ricas del mundo por su capacidad de producción y cada vez que el tren pasaba uno de los numerosos ríos o riachuelos, se le ofrecían al viajero a veces bonitas vistas, a veces algunas dignas de admiración. El Río Matina (Fig. 32) es probablemente entre éstas la más importante. Del puente del ferrocarril con sus 130 metros de largo, se tiene una imponente vista sobre el río que se desliza pacífica y majestuosamente. La estación de Matina, una futura ciudad, consiste ahora de dos largas hileras de casas: la mayoría de las casas son chozas de negros hechas de troncos de palmera y de montones de cajones y otro material similar; sólo dos casas más grandes se encuentran aquí, una, la Estación del Ferrocarril, la otra el Hotel San Blás, con su tienda. La región de Matina es una de las más fértiles en toda la república. Es especialmente favorable para el cultivo del cacao y muchas haciendas grandes y pequeñas se encuentran aquí. Estas cambian a menudo de dueño o permanecen largo tiempo abandonadas, porque los colonos mueren rápidamente y es sólo la posibilidad de grandes ganancias que puede atraer gente aquí. Matina es conocido por ser el lugar menos saludable de todo el país, porque está rodeado y atravesado por pantanos de aguas estancadas. La próxima estación es Moin, un pueblo pequeño, relativamente antiguo, habitado por negros que en sus huertas cultivan frutas de muchas especies. En Puerto Limón tienen un buen lugar para la venta de sus productos. De Moin sigue la línea cerca de la playa del Océano Atlántico, apenas a algunos metros del agua, casi hasta la estación. Cuando llegamos a la ciudad la línea pasó entre dos hileras de bellas colinas, en parte desmontadas, hasta la pequeña península o punta, que ocupa Puerto Limón.

La primera casa, que se pasa a la entrada de la ciudad, es el hospital "Casa de Caridad", es grande, pero también es necesario que lo sea, porque la ciudad es apenas más saludable que Colón. La calle principal está compuesta por la línea del ferrocarril, que corre actualmente cerca de la playa Sur de la península. Algunos centenares de metros al Norte de la ciudad, en una bella colina lujuriante, se encuentra una quinta de buen gusto, casa elegante, donde reside el cónsul inglés. Puerto Limón no tiene ciertamente más de 500 habitantes, de los cuales la mayoría son negros, trabajadores del ferrocarril o antiguos trabajadores del ferrocarril.

Después de muchas molestias y después de muchas discusiones, por fin pude arrendar un bote grande para el viaje hasta Puerto Viejo y a las 8 y media dejamos el último puesto de la civilización costarricense para explorar la región donde vive una tribu salvaje auténtica.

## Capítulo XIII

# TALAMANCA

### SIPURIO — KOKTU

Con una suave brisa de tierra navegamos lentamente hacia el Sur y las modestas luces de Puerto Limón se hundieron una tras otra en el oscuro mar. Las estrellas brillaban débilmente, porque el cielo no estaba claro y sólo una estela brillante daba prueba que nos deslizábamos sobre el mar. Era imposible dormir porque el bote, de apenas unos 75 centímetros de ancho, estaba tan cargado con nuestro equipaje que tuvimos que sentarnos en lugares incómodos. A las once de la noche salió la luna y de una vez creó como por magia un panorama encantador: el mar violeta oscuro con su superficie suavemente ondulada, cada rizo brillando plateado, la baja, incierta línea de la costa dominada por las montañas que se alzaban en suaves terrazas y las cimas de las montañas acariciadas por los rayos de la luna, parecían empujar ante sí en los valles las nubes de repente demasiado pesadas o cielos aireados, ligeros y bordados de encajes.

La brisa refrescó poco a poco y de pronto se alzó la Punta Cahuita en el horizonte: allí, detrás, se encontraba la meta de nuestro viaje.

A la salida del sol desembarcamos en Puerto Viejo: todo estaba callado y desierto en tierra y comencé a temer que alguna desgracia hubiese acaecido a mi benevolente protector, el Obispo, o que él se había visto obligado a buscar un lugar de desembarque, uno poco más lejos al Sur, cerca de la desembocadura de algunos de los grandes ríos, cuando de repente apareció mi amigo Herr Hübsch en la baja entrada de una de las chozas. De él supe que a su llegada el Obispo había encontrado sólo algunos cargadores indios y que por lo tanto se había visto obligado a dejar la mayor parte de su equipaje en Puerto Viejo, pero que él mismo había seguido su viaje por el Río Tilire hasta Sipurio, el lugar donde residía Mr. Lyon, el representante de la República en estas regiones. El pueblo constaba de cuatro chozas, cubiertas de hojas de palmera, espaciosas, de la misma forma que entre los indios y mestizos de Costa Rica. Sus ocupantes están aquí en relación con los blancos y son medio civilizados debido a su condición de habitantes de la costa. Uno que otro de ellos hablaba algo de español. Después de un par de horas llegaron cargadores indios y guías —indios

del interior enviados por Mr. Lyon y pronto cogieron el camino directamente en la selva por un pequeño sendero, donde a menudo el machete tuvo que ser puesto en servicio para dar lugar a los paquetes un poco más anchos: naturalmente el orden en que avanzábamos era en hilera. Así fue nuestra hilera arriba, sobre cimas de cerros, abajo a través de valles y quebradas profundas, a veces entre arroyos que gracias a que era ahora el período seco del año, raramente nos llegaban más arriba de la rodilla. A pesar que la temperatura era alta, 27 centígrados a la sombra, y que mi propio equipaje era importante, la marcha era tolerable debido al follaje tupido del bosque, que sólo raramente dejaba llegar hasta nosotros un rayo de sol. Los indios eran alegres y de buena índole y se comunicaban conmigo con vivacidad, a pesar que estábamos obligados a hablarnos por señas, porque ninguno de ellos podía hablar una sola palabra de español.

Después de seis horas de marcha llegamos a la ribera del Río Tilire, el más grande de Talamanca, donde tres botes nos esperaban, el más grande de ellos manejado por seis remeros y un "capitán": éste hablaba algo de español. De aquí debíamos seguir el viaje río arriba hasta Sebouve, 10 kilómetros río arriba, donde deberíamos encontrar alojamiento.

El bote, grande, era en su clase un bello ejemplar, de 5.5 metros de largo y de 0.60 de ancho, cuidadosamente labrado de un tronco de ceiba, con extremidades de proa y popa altas. En la proa tenía una sencilla cabeza de dragón o de serpiente tallada y pintada, en la proa algunas líneas espirales, todo en color azul intenso.

Nuestro equipaje se cargó en el medio del bote y nosotros tratamos de colocarnos tan cómodamente como lo permitía el espacio restante. Adelante y en la popa se colocó la tripulación y el capitán de pie en la extremidad de la popa, armado de un palo de tres metros de largo, "la palanca", con la que dirigía el bote. Los otros hacían avanzar el bote con "canaletes", pequeños remos de hoja ancha en forma de paleta. Cantaban casi sin interrupción cantos quejumbrosos, en un sólo tono, con una cantidad infinita de versos.

El ancho del río variaba entre 100 y 200 metros; las riberas brillaban en la gloria de una vestidura en los tonos más variados del verde, a veces hundiéndose hasta la superficie del agua en pantanosos cenegales, donde la brillante plateada garza de penacho y la ibis roja pálida se destacaban contra la vegetación azul negra de las plantas de anchas hojas de los charcos, a veces alzándose hasta las colinas empinadas e imponentes, coronadas de palmeras y de árboles de caucho de blancos troncos, donde los bejucos cubiertos de flores bajaban hasta la ribera del río, como flexibles guirnaldas, formando una magnífica glorieta. Una bandada de papagayos parlanchines daba vida por aquí y por allá a este cuadro y cubrían con sus chirridos el triste canto monótono de los indios. Sobre los bancos de las riberas del río yacían muchos cocodrilos, cuyo largo iba de 2 a 5 metros. A medida que nos acercábamos se lanzaban, cabeza adelante, con estrépito y remolinos en el agua, para sacar la nariz después de algunos

minutos, espiando con cuidado al intruso que destruía su paz. Grandes bandadas de patos graznando volaban de los remansos rodeados de plantas de anchas hojas; pero pronto se posaban, con poco temor de nuestra cercanía. Por aquí y por allá desembocaban pequeños riachuelos o ríos en el Tilire; en los bancos que se habían formado, cubiertos de lodo, pululaban las pequeñas zancudas, entre las viejas conocidas especies de Totanus y Tringa. En las cimas de los más altos árboles se podía ver a menudo un solitario gavián, inmóvil en acecho de una víctima o hundido en el sueño de la siesta. La corriente no era particularmente fuerte contra nosotros y después de 3 a 4 horas de remar llegamos a la caída del sol a Sebove. Las chozas en el pequeño pueblo no eran todavía del tipo indio puro, mostraban en su estilo de construcción un gran parecido con los ranchos de Costa Rica, habitados por los campesinos blancos más pobres o por los Chiripós y otros indios sumisos.

Fuimos recibidos por los habitantes con la mayor amistad y recibimos una casa entera a nuestra disposición. En el piso hecho de troncos de palmera hasta un metro encima del nivel de la tierra, encontramos excelentes lugares para dormir y la tripulación del bote, sobre un fuego encendido a toda prisa, puso a asar afuera un cerdo, sacrificado a nuestra llegada y bananos asados sobre cenizas; y pronto tuvimos ante nosotros una cena digna de Lúculo.

Temprano la mañana siguiente continuamos nuestro viaje río arriba, que se volvía más y más estrecho y que a menudo por sus caídas, aquí llamadas "quebradas", ponía obstáculos en el camino a nuestro progreso. Al pasar estas quebradas saltaban los indios en el agua y tiraban, a veces con grandes dificultades, el bote a través de las aguas arremolinadas. Admirable era, sin embargo, su capacidad para mantener el bote inestable en equilibrio y como quiera que la corriente se dirigiese, hacerle frente en la dirección apropiada. Cuando el sol comenzó a quemar con mayor intensidad, desembarcamos en Gmokul, una pequeña plantación en la ribera izquierda del río, donde fuimos recibidos por los bondadosos habitantes con un rico desayuno, hecho de bananos maduros asados entre brasas y pescado secado al sol. Las chozas, que eran tres, eran tan pequeñas que era difícil comprender cómo el grupo total de más de veinte personas podía en el mismo momento encontrar un lugar tolerable para acostarse bajo sus techos. Eran muy bajas, hechas de manera miserable de troncos de palmera y cubiertas de hojas de palmeras de cocos. El mobiliario consistía en algunas sillas groseras, recubiertas de piel de jaguar o de mapache, lo mismo que varias camas o mejor dicho camastros de troncos de palmera. No había ningún hogar sino que la comida se cocinaba en el suelo, fuera de la choza. Poco después del mediodía dejamos el Tilire y seguimos hacia uno de sus afluentes, el Urén. Este era bastante más angosto, menos profundo y más rápido que el Tilire, sus riberas eran verdes de la más exuberante vegetación de la selva virgen y a menudo pasábamos bajo bóvedas de hojas tan densas que el sol no podía hacer penetrar sus rayos a través de ellas; en un banco de arena, así protegidos, tomamos media hora de reposo bien necesario y continuamos después, pero sólo lentamente avan-



zamos hacia nuestra meta, Sipurio. Cuando por fin desembarcamos allí, nuestros indios, ciertamente no habituados a viajes tan forzados, estaban completamente exhaustos.

En la ribera nos esperaba nuestro futuro compañero de viaje, el Obispo de Costa Rica y Mr. Lyon, un americano antiguo Oficial de Marina, que había vivido cerca de veinte años, aquí en la frontera de la comarca de los indios y ganado su confianza gracias a su amistoso y cortés trato. Desde años atrás casado con la "hija de un rey" de Talamanca, había él aprendido a dominar completamente el idioma de los indios y podía, por lo tanto, sernos de gran ayuda en nuestras futuras excursiones entre los naturales de Talamanca, independientes y desconfiados. En Sipurio encontramos buen alojamiento en la casa de la misión, apenas de un año de construcción, una casa bastante espaciosa, construida de troncos de palmera, como todas las chozas de las que hemos tenido conocimiento antes; pero aquí había piso de madera y la casa estaba dividida en cuatro piezas, de las cuales la más grande servía de capilla. Una pequeña pieza con justo una superficie de tamaño necesario para nuestras camas, fue nuestro alojamiento y en poco tiempo se llenaron las paredes y el techo y un tabanco colocado sobre nuestras cabezas con una tal cantidad de objetos zoológicos y botánicos que sólo con las mayores precauciones podía uno moverse allí adentro.

La región vecina de Sipurio está bien desmontada y hay varios grandes platanales o plantíos de bananos. Los indios que aquí viven, cuatro familias, son relativamente civilizados y algunos de ellos comprenden el castellano; se mostraron de especial buena voluntad y serviciales y me fueron de mucha ayuda durante las excursiones que hice por agua y por tierra desde Sipurio. La tierra entre Urén y Tilire es poco quebrada, con altas ceibas, especies de Ficus, ricas en caucho, finas palmeras o "palmitos", y espinosas palmeras de coyol, estas dos últimas altamente apreciadas por los indios como material de construcción. Los pájaros son aquí especialmente numerosos: magníficas aras rojo y azul, cuatro especies de papagayos de cola corta, variando en verde, amarillo y azul, más de 12 especies diferentes de halcones, gavilanes y halietos, tanagridas en los más bellos colores, especies de Cassicus, muscipapídeos, cuatro especies de pájaros carpinteros, gorriores más o menos grandes, palomas, especies de Tinamus y Crypturus —aves sin cola— y sus grandes parientes de las especies Crax y Penélope, fueron mi botín. La fauna de insectos también contribuyó de manera muy rica a mi colección.

Aquí en Sipurio pudimos conocer al actual Rey de Talamanca, Antonio, un indio joven, bien desarrollado de casi seis pies de alto, que había sido bautizado en la misión del año precedente. Había aprendido algo de español y mostraba tener gran interés por las ropas y otros productos de la vida civilizada. Esta avidez suya fue de mucha ayuda para mis colecciones etnográficas. Antonio había sido declarado rey sólo después de una guerra sangrienta entre los partidarios de su padre fallecido y los de su tío: la victo-

ria de los primeros se debía en gran parte a la ayuda obtenida del Gobierno de Costa Rica a través de Mr. Lyon.

La vivienda del rey, la "capital", como era llamada cortésmente por los religiosos, se encontraba sólo a 5 kilómetros de Sipurio y debía ser la pri-



Fig. 33. — Indios Talamancas.

mera meta de nuestro viaje. Para transportar nuestro equipaje el rey había llamado unos 30 indios, de ahí una buena ocasión para estudiar su aspecto. Eran en general de pequeña estatura, de 5 a 5½ pies de alto, de anchas espaldas, delgados alrededor de la cintura, con líneas del cuerpo suaves y agradables, los brazos y las piernas con músculos desarrollados, las manos y los pies pequeños. El pecho era alto y bien desarrollado, la cabeza bastante grande, redonda, el pelo suave, liso, negro y habitualmente colgando largo. La cara era bastante ancha, con una frente recta, ancha pero no alta, una nariz pequeña, sin fosas particularmente fuertes. La boca pequeña, con labios llenos, algo protuberantes, las mejillas llenas pero no salientes. Las orejas pequeñas, los ojos dirigidos enteramente de frente, con un iris café oscuro y conjuntivas enteramente blancas. La mirada era libre y tranquila, por lo tanto indiferente y no penetrante. Toda la expresión de la cara mostraba buen talante y amistad, y estas cualidades mostraron tener en alto grado los talamancas, durante todo el tiempo que permanecí entre ellos. Su piel era de color café oscuro profundo. (Fig. 33).

Desde que entraron en relaciones con los españoles cerca de 1540, se han distinguido por su gran bravura y por su amor a la libertad y han sabido conservar su independencia, aunque durante cortos periodos los españoles pudieron establecerse en su territorio. Ahora que las guerras han terminado y que están amenazados por una invasión pacífica, parece que han perdido una gran parte de su fuerza de resistencia y ciertamente pronto tendrán que abandonar partes cada vez más grandes de sus fértiles tierras a colonos costarricenses.

Era una escena animada la que tenía lugar afuera de la casa de la misión, de donde se haría la salida y el equipaje debía ser dividido. Se le pesaba y se le cambiaba, se gesticulaba, antes que los interesados pudiesen decidirse cuál carga era la más deseable. La última carga tomada era el pesado altar, que debía ser llevado para celebrar la misa en medio de la selva. Por fin nos pusimos en marcha. Los indios llevaban sus cargas con una ancha banda de pita sobre la frente y un par de tirantes sobre las espaldas, trotando a un paso bastante rápido. Para nosotros, "los caballeros", la primera parte del viaje fue bastante agradable, porque Mr. Lyon y Antonio nos había dejado sus caballos. Yo recibí "el potro de batalla del rey", un caballo inglés, grande, testarudo y de largas piernas, que por algún curioso capricho del destino se había extraviado aquí. El Obispo prefirió un tranquilo caballo con paso de andadura. Pronto tuve que reconocer que mi alta situación no me garantizaba gozar de una cabalgata a través de la selva virgen, porque repetidas veces estuve muy cerca de ser arrancado de la silla por inmensas ramas de ceiba o por bejucos indómitos. El estrecho sendero a través del bosque era limpio y cortado regularmente hasta una altura de hombre, pero a pesar que la velocidad no era grande, pronto se cansó mi brazo de enarbolar el machete contra los recios bejucos.

Pronto estuvimos en Tounselá, la residencia de Antonio; aquí se hizo una parada y fuimos invitados a visitar su residencia. Ni esta casa ni ninguna de las otras cinco que formaban la "capital" hizo en mí una impre-



Fig. 34. — Molinillo.

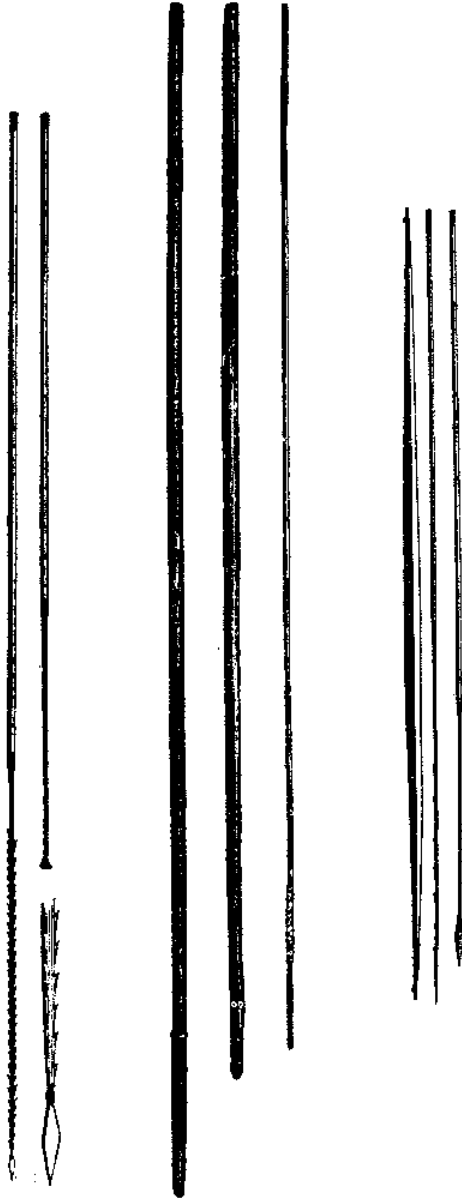


Fig. 41. — Cerbatanas.

Flechas de Biter.

Arco y flecha de Dululi.

sión agradable: tenían demasiadas marcas de la civilización centroamericana, cuando yo había esperado encontrar algunos de los tan discutidos "palenques". Después que la casa y "la ciudad" habían sido debidamente inspeccionadas y que la "chicha" (la bebida favorita de los indios, se prepara con bananos dulces maduros y agua de manera que las frutas se desmenuzan con las manos en una calabaza o se batien allí con un molinillo, ver Fig. 34), en enormes cantidades había sido distribuida, seguimos adelante y pasamos el Río Lari, lo mismo que el Urén, un afluente del Tilitre;

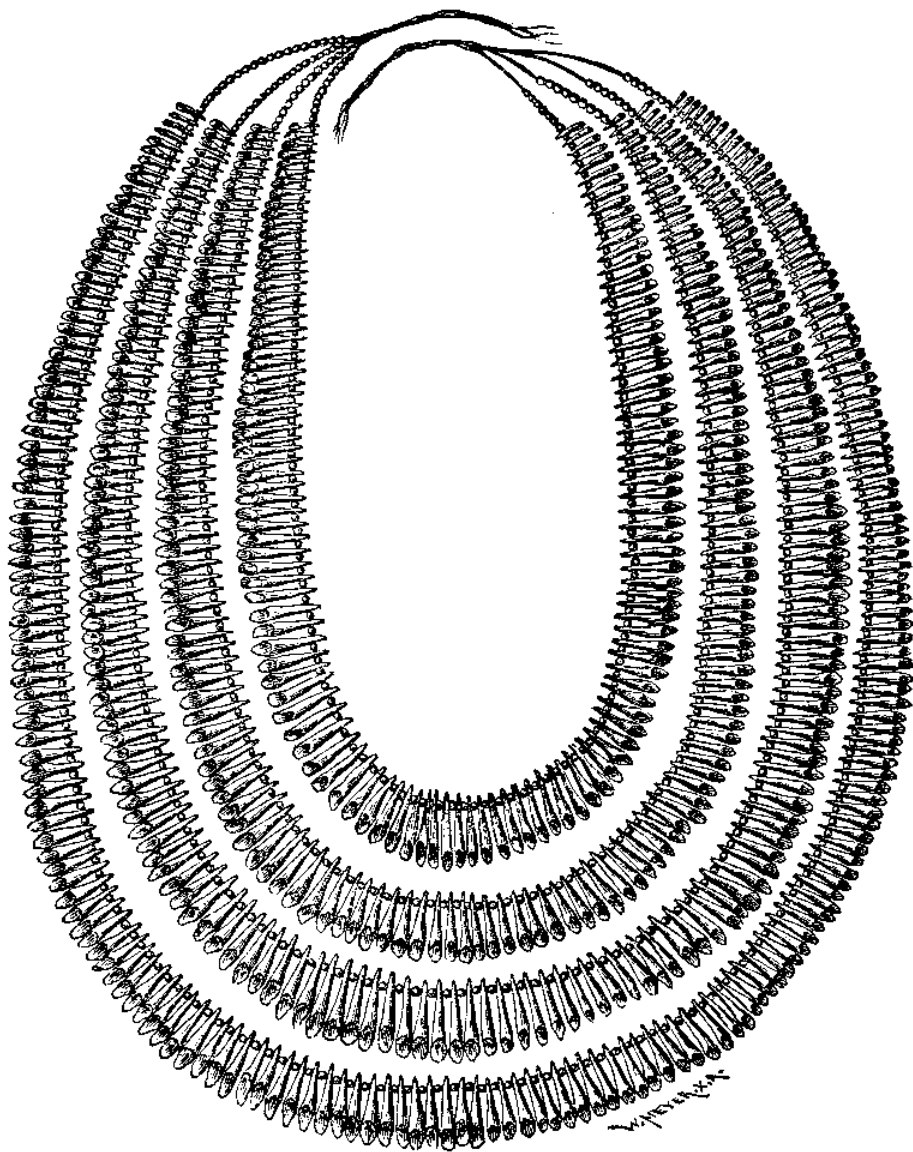


Fig. 35. — Collar de dientes de mono.

no tenía más de 100 metros de ancho, pero el lugar para vadearlo no era de los mejores, porque el agua subió hasta el arzón de la silla. A través de una región de bosques más o menos densos, decorados por pasifloras cubiertas de flores, cabalgamos unos 5 kilómetros hasta Najvla y fuimos recibidos hospitalariamente por el cacique, un hombre jovial, corpulento, vestido con una pieza de pita habitual entre los talamancas, "giparova", y de una camisa abierta de lino grueso azul.

Ya que esta "giparova" es habitualmente la sola pieza de ropa de los indios, merece una corta descripción: Está tejida de paja de la palmera llamada "palmito", sobre un telar sumamente sencillo, en este caso, un cuadro con cuatro varillas; el ancho habitual de la pieza varía entre 16 y 20 centímetros, su largo de 2.5 a 3.0 metros: es de un color amarillo pálido natural y se siente suave y agradable. Cuando los indios se la ponen, toman en la boca una de las extremidades y la otra la enrollan entre las piernas y luego también hacia atrás: luego es enrollada 2 ó 3 veces de manera apretada alrededor de la cintura, la extremidad anterior cae y forma un delantal cuadrado, con lo cual el atavío está listo. En las mujeres, el aderezo es aún más simple: se compone de un pedazo de tejido cuadrado, más cuidadosamente tejido que el "giparova", de fibras de hierbas —el "karkul"— habitualmente teñido en azul o en rojo. El ancho de la pieza es de 40 ó 50 centímetros, su largo de 1.5 ó 2.0 metros. Este tejido se enrolla una o dos veces alrededor de las caderas y forma una falda que llega hasta las rodillas. Aparentemente ésta era la única pieza de ropa de las damas, pero a veces llevaban también una corta blusa de lino o una camisa de hombre, "el pajo". Sus adornos consistían casi siempre de flores rojas o amarillas en el pelo. El adorno más preciso que llevaban era sin embargo el "namouka", un collar de dientes de mono y perlas coloreadas. Cuando un collar como éste se compone de cuatro o cinco hileras de dientes con perlas y además pequeños caracoles, ocupa un lugar considerable y debería ser llamado más bien adorno de pecho que collar. (Fig. 35).

También los hombres y los guerreros llevan estos collares, pero de dientes de jaguar o de tigrillo; los primeros son altamente preciados y son llevados solamente por jefes importantes. Que uno de éstos deba ser considerado precioso, se puede deducir del hecho que para uno de estos collares, el "namouka", particularmente elegante, que más tarde pude adquirir a cambio de un revólver, no menos de 12 jaguares adultos tuvieron que perder la vida. (Fig. 36).

La casa de Najvla es un gran cobertizo abierto, con el techo cortado, descansando sobre doce troncos de palmera, principalmente ocupado como depósito de bananos y otros víveres: también sirve de dormitorio para las mujeres jóvenes sin casar. Debajo de la casa se encuentra en una esquina un lugar para dormir, más grande que los otros y rodeado de cortinas o mosquiteros; éste era ocupado por el jefe y sus dos esposas —vivía de hecho en bigamia. Además vivían tres hombres más jóvenes con sus mujeres, el grupo de los niños alcanzaba a una docena. En medio del piso, que era de tierra apisonada, estaba el hogar, tres grandes piedras chatas y colgan-

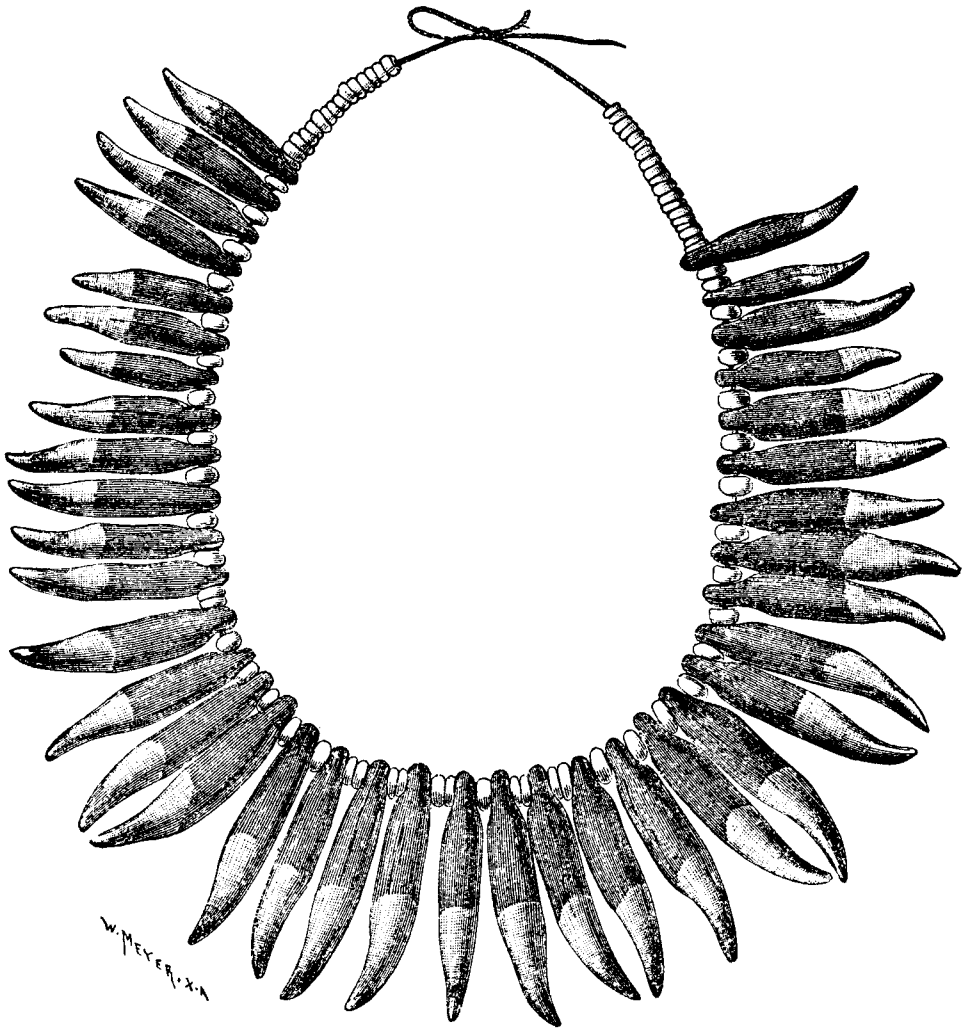


Fig. 36. — Collar de dientes de jaguar.

do sobre el fuego, una gran cazuela de barro, sostenida por cordones de paja, que estaban amarrados a tres palos cruzados en cruz; aquí se cocina, cuando es necesario, una sopa, o más bien, un caldo de bananos verdes y pescado.

Después de haber gustado de la cocina, obedeciendo al deber, y de haber conseguido cambiar con una de las dueñas de casa, un magnífico collar de dientes de mono, continuamos el viaje, pero ahora a pie ;dejamos de hecho aquí el Talamanca civilizado para penetrar en el corazón de la tierra de los indios, a través de la selva virgen y pasando espumosos ríos, y si posible llegar hasta el pueblo o aldea más importante, Koktu, el lugar de la vieja colonia española de misiones y uno de los teatros de la sangrienta administración de la justicia para los indios por los religiosos españoles.



A través de matorrales de caña blanca, —caña de azúcar salvaje— difíciles de cruzar, de bambúes y palmeras de coyol armadas de espinas, llegamos por fin al Río Couen, que siendo aquí de 150 metros de ancho, tenía que ser vadeado inmediatamente después de una caída de agua en catarata. Se mandó a un indio a buscar el lugar del vado, que finalmente consiguió encontrar, después de haber perdido pie varias veces y de haber estado muy cerca de ser arrastrado por la violenta corriente más allá de la catarata. Se deshizo los paquetes y los indios más fuertes los acarrearón sobre sus cabezas, en partes, hasta el otro lado. Después de esto pasamos nosotros, los blancos, cada uno sobre las espaldas de un indio y sostenido por otros dos, que estaban armados de largos palos para sostenerse contra las piedras en el fondo del río.

La travesía se hizo felizmente, sin embargo, no sin que un par de caballeros se diese un baño involuntario: pero puesto que esta manera de viajar era aventurada y no enteramente agradable, decidí en el futuro confiar solamente en mis piernas. La travesía completa necesitó más de dos horas.

A un kilómetro de la ribera se encuentra Dikoblinjak, donde debíamos pasar la noche. Aquí pude por la primera vez ver un verdadero palenque, pero construido de troncos de árbol y ramas y no de piedra, como en las viejas crónicas de los misioneros en el Sur de Méjico y en el Norte de Centroamérica. Este palenque (Fig. 37) era una construcción bastante considerable y era habitado por 5 familias, con un total de 19 miembros. Tenía 30 metros de largo, 18 metros de ancho, y más o menos 15 metros de alto. En el suelo formaba una elipse; la construcción estaba hecha de finas ramas de ceiba, amarradas las unas a las otras hasta arriba con finos bejucos, sobre las cuales había largos palos colocados horizontalmente, probablemente de alguna palmera pariente de la palmera de coyol, y a distancia regular del vértice del techo hasta el suelo. Esta construcción en forma de carpa estaba cubierta con muchas capas de hojas de palmera o "palmito", que formaban un techo completamente impenetrable a la lluvia y a la tempestad. Para salida de humo se encontraban algunos hoyos casi invisibles en medio de las paredes y la luz del día no tenía otra entrada que la apertura de la puerta, apenas alta de un metro cincuenta sobre uno de los lados del palenque.

A lo largo de las paredes había ocho camastros de un metro de ancho, de dos metros de largo, de varas de palmera partidas o de caña de azúcar, reunidas juntas, que descansaban sobre cuatro postes enterrados en el suelo. Después de una noche de descanso sobre uno de estos camastros nos despertamos en la mañana, rayados, debido a las varas de "palmito" de bordes afilados. En el futuro preferimos, por lo tanto, el suelo como lugar para dormir.

En medio del palenque, en el que había una sola pieza, estaba el hogar, de la misma construcción del que ya he descrito en Najvla, pero algo más aristocrático, porque allí colgaba sobre el fuego una vieja y usada marmita de barco, de hierro. Alrededor del fuego estaban mujeres ocupadas en la



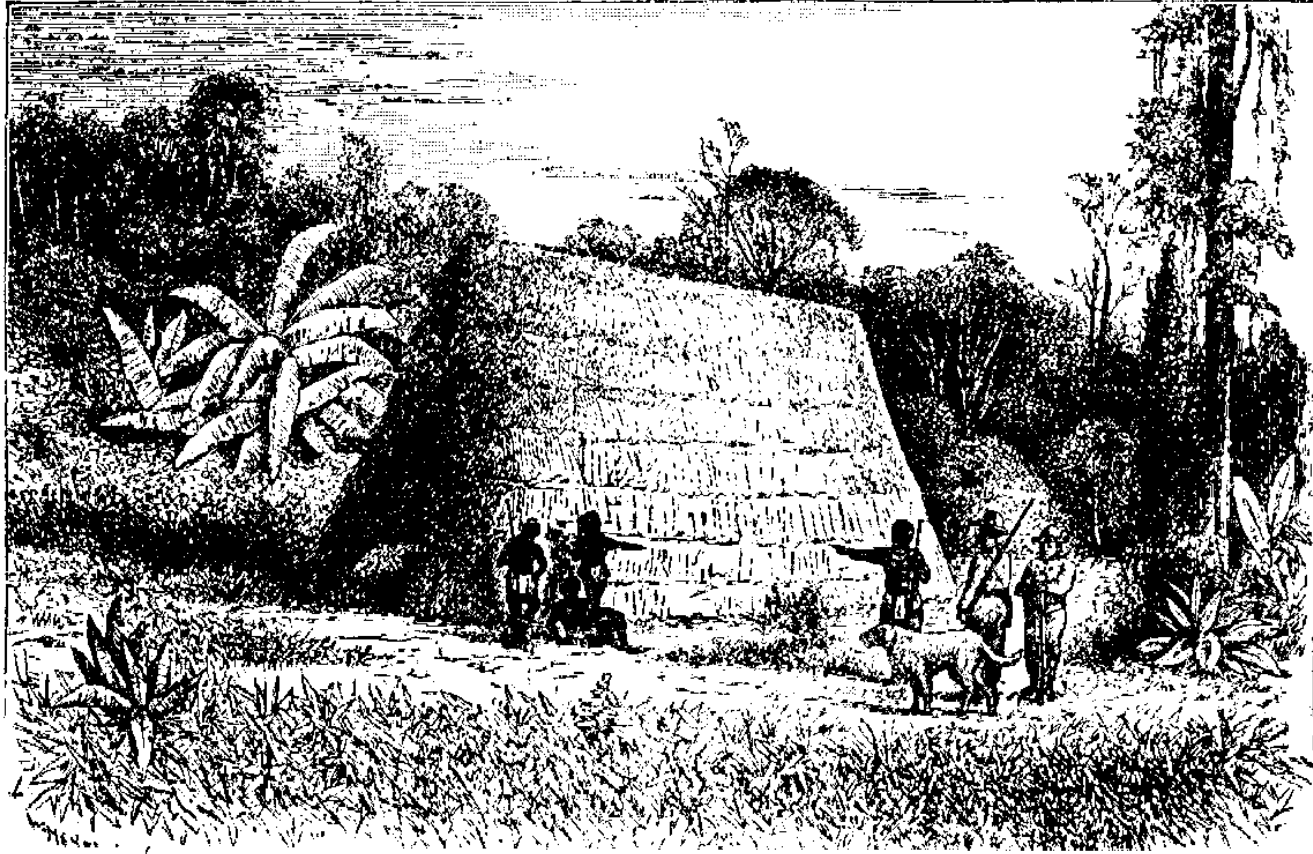


Fig. 37. --- Palenque en Dikobinjak.

preparación del almuerzo, todas vestidas con el sencillo traje que he descrito: dos de ellas eran jóvenes y bellas, pero sus caras no ganaban en encanto con las pinturas. Se habían pintado bajo los ojos figuras simétricas negras o rojas, a menudo rectangulares y parecían no poco orgullosas de estos adornos. Gracias al interés admirador que les mostré por su experiencia artística en los misterios más finos del aderezo de las damas, pude obtener de una de ellas no sólo el recipiente para la pintura, una calabaza (Fig. 38) y el colorante, sino también, el pincel, una pequeña y bonita brocha.



Fig. 38. — Recipiente para cosméticos.



Fig. 39. — Bolso.

Después de haberme ganado de esta manera la buena voluntad de las damas no tuve ninguna dificultad para obtener en cambio arcos, flechas, sacos (Fig. 39), collares y otras cosas, de manera que mi colección etnográfica aumentó aquí considerablemente.

A unos tres metros del suelo, cerca del fuego, se extendía un techo de troncos, una especie de tabanco; aquí se guardaba la provisión de la casa en víveres, que eran bananos, ñame, maíz y largas tiras de carne secada al sol. La escalera al altillo consistía en un tronco de palmera con algunas mellas talladas.

Aquí en el palenque se hospedaba ahora toda nuestra caravana, compuesta de más de veinte indios y de cinco blancos; pero a pesar de eso no estábamos apretados. Afuera de la entrada se alzó un altar, decorado con

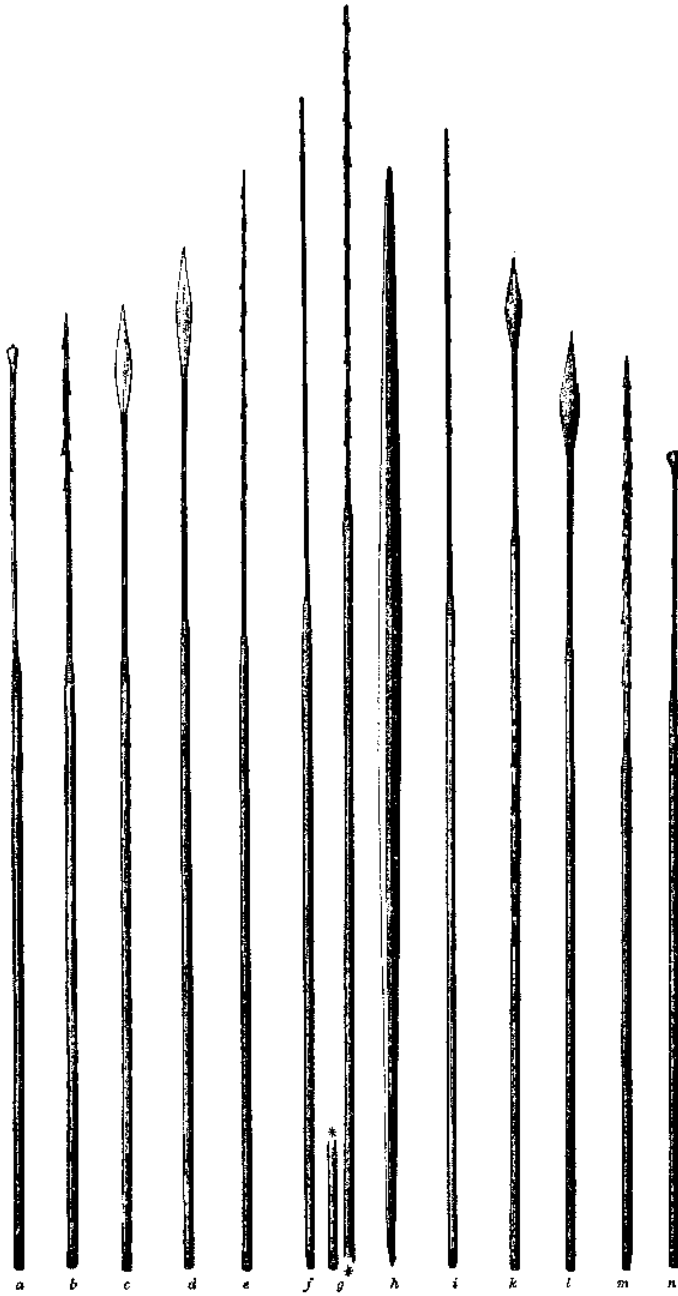
palmeras y flores y en completos ornamentos sagrados del Obispo dijo una misa, aparentemente para la edificación de nuestros anfitriones, que no entendían una palabra de español. Sin embargo, no se mostraron dispuestos a dejarse bautizar, a pesar que Antonio con toda su autoridad trató de inducirlos.

Ya que Antonio me había contado, que la manera habitual de pescar era de coger los peces con un "sulé" o flecha de pescar, estaba yo curioso de ver cómo era posible coger los veloces habitantes del río con la frágil flecha, larga, de 1.5 a 2.5 metros de largo.

Por señas y con tabaco conseguí convencer a dos indios de seguirme hasta el río, armados de arcos y flechas (Fig. 40). Uno de ellos pasó vadeando hasta una piedra, un poco lejos en el río y dentro de 20 minutos había cogido tres peces, grandes "sábalos" de 20 a 25 centímetros de largo. Tenía el arco casi horizontal, con más de los dos tercios de la larga flecha fuera del arco; cuando la flecha atravesaba el pez, lo tomaba gracias a lo largo de su equilibrio y daba vuelta al pez con el vientre hacia arriba. El otro indio, que se había colocado un poco más lejos río abajo, vadeaba y tomaba a toda velocidad el asta de la flecha y sacaba en seco la presa. Una flecha para pescar como ésta se compone de un caño de junquillo rodeado en la extremidad inferior de fibras de paja enceradas: en la extremidad de arriba se encuentra fijada la punta de la flecha. El asta de una de estas flechas lo tengo ahora ante mí (Fig. 40, g), es más de un metro de largo, la punta lo mismo de larga, se encuentra incisa con muchas cortaduras y la misma extremidad es puntuda, por lo cual se le podría llamar una flecha con mellas.

La útil palmera llamada "palmito" da material para las puntas de la flecha y también para los arcos. El arco en el dialecto Bribi se llama "Schemémé". Las cuerdas del arco son de paja de palmera retorcida. Flechas largas sin mellas (Fig. 40, f) se usan para matar aves más grandes (las especies Crax y Penélope están aquí representadas por géneros, que no son menores que el urogallo en tamaño); para la caza de pájaros menores, los que se matan sólo por el valor decorativo de las plumas, se usan flechas más cortas, terminadas con un grueso botón o también cerbatanas. (Fig. 41, ver pág. 143), el "Kamokro" con proyectiles de barro, "makrobo", redondeadas gracias a un hueso de mono diagonalmente inciso. Para matar jaguares o celotes se emplea la flecha de guerra "kukabita", que está provista de una punta en forma de lanceta de 9 a 10 centímetros de largo de hierro aplastado o de cobre (Fig. 40, c, d, k, l). Es sorprendente ver con qué seguridad los indios pueden tirar incluso a larga distancia con estos relativamente débiles arcos y frágiles flechas.

En la noche mostraba el interior del palenque, iluminado por tres antorchas de paja de palmera impregnadas de cera, un cuadro peculiar. Los cuerpos desnudos de los indios, acostados en los camastros o sentados, con las rodillas alzadas contra el pecho, en los bancos groseramente tallados, en troncos de cedro partidos, las mujeres aún ocupadas alrededor de la



Arco y Flechas.

marmita o preparando enormes cantidades de chicha, niños de todos los tamaños, gordos y fuertes, un contraste agradable con los perros esqueléticos, hambrientos, todos estos seres alternativamente iluminados por la luz fantástica de las antorchas flameantes, a veces rodeados por una espesa nube de humo, formaban un conjunto de una naturaleza tan extraña, que no la olvidaré fácilmente.

Cuando el apetito y la sed fueron satisfechos prontamente, juzgué que era el momento de tratar de soltar la lengua de un viejo indio de Koktu, de ojos vivos, que pertenecía a nuestro grupo de cargadores. Desde el comienzo de nuestra marcha había atraído mi atención por su aspecto inteligente y digno; además podía hablar algo de español y ya me había mostrado su simpatía, como consecuencia del interés que le había mostrado yo durante el viaje. Durante un par de horas de interrogatorio, llevado a cabo con perseverancia, pude obtener de él interesantes informaciones sobre la vida actual en libertad de los Talamancas y sobre el brillo en épocas pasadas de su tierra y de sus nobles luchas. Pude anotar la mayoría de ellas en una forma condensada y puedo dejar aquí algunos cortos resúmenes, comenzando por lo sucedido en la celebración de su acontecimiento, como todavía se puede ver en Talamanca.

Cuando el jefe de un palenque o uno de los hombres más viejos muere, se lleva su cuerpo vestido en traje de ceremonia, acompañado de toda la población, bajo incesantes lamentos hasta un lugar bastante alejado en la selva; allí se coloca en un lugar a un medio metro de tierra, encerrado en una fuerte caja de tronco de palmera o bejucos, para defensa contra los animales de presa, para que se seque dentro de un período de dos semanas o para que sea liberado por la lluvia y los insectos de las partes podridas. Cuando el cadáver está "listo", se le lleva de nuevo con gran ceremonia al palenque, donde lo reciben las mujeres, y lo recubren con una manta de vivos colores, tejida de "karkul" o de "pita". Se le coloca después en un ligero ataúd, que se cuelga bajo el techo del palenque. Vecinos de cerca y de lejos son ahora invitados a una fiesta de funerales y comienza una ruidosa celebración en la cual se festeja con una chicha hecha de maíz y de bananos aunque también con alimentos más sólidos, que sin embargo, son considerados de importancia secundaria. Si la chicha se somete a la fermentación durante dos o tres días, se vuelve bastante rica en alcohol y causa una intoxicación considerable, especialmente si se consume en grandes cantidades, como es común en estas fiestas. Una fiesta de funerales como ésta dura dos, a veces, tres días.

Los invitados interrumpen el consumo de chicha sólo para entonar cantos fúnebres de vez en cuando, en los que se elogia al muerto, se cuentan sus bondades, se celebran sus proezas como cazador y como guerrero, se ensalza su generosidad como anfitrión, se invoca al dios que vive en el sombrío lago de las montañas para que no lo atormente con hambre y sed en la nueva tierra donde ha emigrado con la muerte. Algunos informes más precisos sobre lo que los indios entienden sobre la tierra más allá de la muerte o sobre la vida que se lleva allí no pude ni ahora ni entonces recibir. Para ellos, como para muchos otros, éste era un reino misterioso. Pero

sin embargo, de lo que he dicho se puede concluir que tienen una representación de una vida después de ésta.

Cuando se ha terminado de cantar un cierto número de cantos, marcha toda la asamblea con el cadáver hasta un lugar del bosque, abierto y colocado en alto, donde se construye un sarcófago de troncos y hojas de palmeras que descansa sobre cuatro postes cuyas extremidades están enterradas en el suelo. Sobre esto se coloca ahora el cadáver, lo mismo que algunos adornos y armas o artículos caseros y al mismo tiempo y sobre todo, amuletos; uno de ellos está compuesto de cráneos de "zorrillo" (*Didelphys*), amarrados con un fino bejuco (Fig. 42). El todo se cubre con

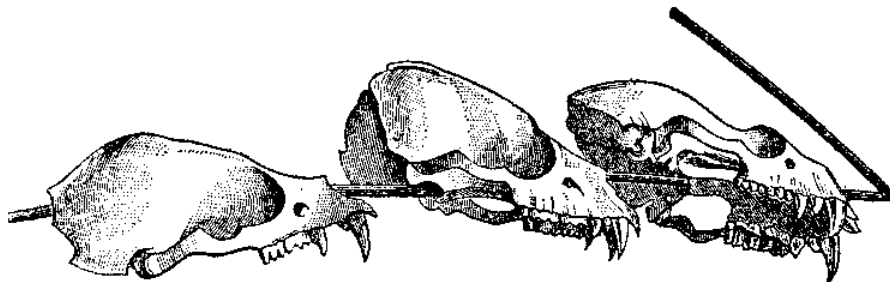


Fig. 42. — Amuleto de cráneos de zorrillos.

un techo cuidadosamente tejido con hojas de palmera y al mismo tiempo se le amarra y asegura con toda precisión con bejuocos finos y fuertes y con cuerdas de paja de palmera, de manera que cuando el sarcófago está listo es enteramente impermeable al agua y está en condición de escapar a todos los ataques de los animales del bosque. La asamblea regresa después de ejecutar bien su función a la casa del difunto y la borrachera continúa. El padre de familia más viejo es el nuevo jefe del palenque, a menos que el muerto haya dejado un hijo casado, en este caso ese hijo se vuelve de su propia autoridad el nuevo jefe.

Con el matrimonio se procede, al contrario, sin tantas ceremonias. Al padre de la mujer, si no es el jefe de su palenque y también al jefe, el pretendiente da un par de cerdos y si esto no es considerado suficiente, tejidos y algunos utensilios de casa; entre ellos las marmitas de hierro son los más estimados y un machete hace al pretendiente irresistible. El matrimonio se hace habitualmente a una edad muy temprana: la edad de las mujeres varía entre 10 y 14 años. Un hombre se casa raramente antes de los 14 años. Las pocas ceremonias que tienen lugar se resumen generalmente en una borrachera.

Los recién casados se quedan habitualmente allí mismo en el palenque, al cual pertenecía el hombre antes de su matrimonio, si no está completamente lleno de gente, o si lo está se construye una choza de menor tamaño en algún lugar abierto en la vecindad del palenque de su ancestro.

Las madres llevan a los chicos enganchados en la cadera. Los niños andan hasta los 8 ó 9 años enteramente desnudos; entonces reciben un "gi-

parova" o un "pajo" —les gusta mucho pasar su tiempo en el agua y por lo tanto se vuelven buenos "canoeros" y nadan como peces. Que los talamancas viven en bigamia es evidente, a pesar que ahora con la visita del Obispo se les veía muy dispuestos a negarlo. Al mismo tiempo que el matrimonio en la pubertad contribuye esta situación a la rápida disminución de la población, que por ahora tiene lugar en Talamanca.

En general tiene cada mujer uno o dos niños, pero éstos están en buena salud y son muy cuidados por las madres. Las niñas aprenden muy temprano a hilar, tejer, y trenzar bolsas de "karkul" y de pita. Desde los 6 años de edad los chicos pueden seguir a sus padres a la caza, armados de pequeños arcos largos, de un tercio de metro y pronto adquieren gran destreza para cazar pequeños pájaros, iguanas y también, en particular, peces. Una cantidad de pequeños pájaros, como tanagrides y trogonidas, hacen un botín muy buscado, pues sus plumas son usadas para hacer las diademas o adornos de cabeza que usan los jefes particularmente en las batallas o con motivo de solemnidades.

Con los primeros rayos del sol de la mañana siguiente muchos estaban seguramente muy contentos de dejar los camastros de filosas cañas. Después de haber tomado un desayuno sencillo de bananos asados, nos pusimos en marcha seguidos en parte del camino por nuestros bondadosos anfitriones. Debíamos seguir el curso del Couen por unos 16 kilómetros, a vuelo de pájaro, antes de llegar al próximo lugar habitado. Aquí no se encontraba nada parecido a un camino, sino que teníamos que abrimos paso con el machete o vadear al borde del río. Por lo tanto se abrió entonces nuestra columna con dos indios que libres de equipaje, abrían paso a paso un estrecho sendero en los espesos matorrales que llenaban el espacio entre los gigantes del bosque, ceibas, cedros, y especies de Ficus. Los bejucos eran aquí, como siempre, los peores enemigos de nuestra marcha y causaron más de una caída a la vista de todos. Pero pronto se vio que era imposible avanzar más lejos por la ribera izquierda del río, donde nos hallábamos ahora, porque nos encontramos con quebradas infranqueables. Debimos por lo tanto buscar un lugar dónde vadear para llegar a la ribera derecha del río. Lo pudimos también hacer, después de una cruzada difícil del río —más difícil debido a la corriente violenta que a la profundidad del agua— y de un medio kilómetro de marcha en el agua a la orilla de su ribera, llegamos al pie del Cerro de Lotsé, una alta cresta montañosa, que separa las aguas del Río Couen de las del Río Dueri.

Cuando llegamos arriba a la cresta misma, nos encontramos a unos 450 metros sobre el nivel del mar y gozamos de la más maravillosa vista sobre el paisaje fuertemente quebrado, con valles profundos en los que los árboles se agrupaban los unos con los otros y escondían los riachuelos en el fondo del valle, bajo un techo impenetrable de vegetación y alturas escarpadas, tan cortadas a pico que entre los árboles que se encontraban en sus laderas, alguno parecía tener sus raíces sobre la cima de la arboleda del otro. Al Sureste se alzaba un inmenso volcán, algo gris hacia la cima: era el Volcán de Lyon, así llamado en honor de nuestro amistoso compañero Mr. Lyon. Entre otros árboles interesantes vimos aquí en las alturas del

Cerro de Lotsé, cacao salvaje con mazorcas grises-rojas y pesadas y árboles de caucho, que por el momento dan el producto más deseado de esta tierra. Después de una caminata de 5 a 6 kilómetros sobre la cima de las montañas, bajamos de nuevo para volver a buscar nuestro antiguo conocido, el Couen. La bajada fue todavía más difícil que la subida de la montaña y de una manera exacta nos deslizamos por largos trechos; después tuvimos que pasar hondonada tras hondonada y nuestros pobres indios dieron a conocer su cansancio por su respiración jadeante.

Vadeamos ahora de nuevo el Río Couen hasta su ribera izquierda. En ésta era el agua tan profunda, que subía hasta el pecho y no era ninguna cosa fácil defender a la vez la escopeta y mantener equilibrio contra las fuerzas de la corriente, que sin cesar trataba de falsearnos las piernas. Avanzamos unos 7 kilómetros sobre la ribera izquierda, pero tuvimos que vadear de nuevo el río hacia la derecha. Después de dos nuevas cruzadas del Río Couen, cada vez más estrecho, pero también más y más rápido, llegamos a las cinco de la tarde, rendidos, a Kukuti, donde fuimos bondadosamente recibidos por los habitantes y pudimos gozar de los últimos rayos del sol para secar nuestros equipajes y nuestras ropas.

Había sido un día sumamente difícil: habíamos andado a través de la selva virgen y del agua más de veinte kilómetros, un largo camino digno de consideración por terrenos como estos! En Kukuti pude cambiar varios arcos, collares, etc., pero no dieron resultado mis esfuerzos para llegar a poseer un pequeño instrumento musical de madera, algo entre un tambor y un cascabel. El instrumento era, efectivamente, sagrado, y esto quiere decir que se utilizaba sólo en las fiestas religiosas y no podía ser manejado sino por el gran sacerdote. Tenía la forma de un cubo, era de unos veinte centímetros de alto, arriba dotado de un mango de madera, las extremidades de arriba y de abajo estaban unidas, pero los cuatro lados eran redondeados, pegados a los lados de abajo sólo por un par de centímetros de distancia. Manejado con un palillo de tambor corto, se ponen los lados en vibración más o menos fuerte y produce un ruido suave susurrante. Fácilmente, al contrario, me dejaron los indios adquirir un tambor, "Sabek", con una piel de serpiente estirada (Fig. 43), hecho de una rama de árbol

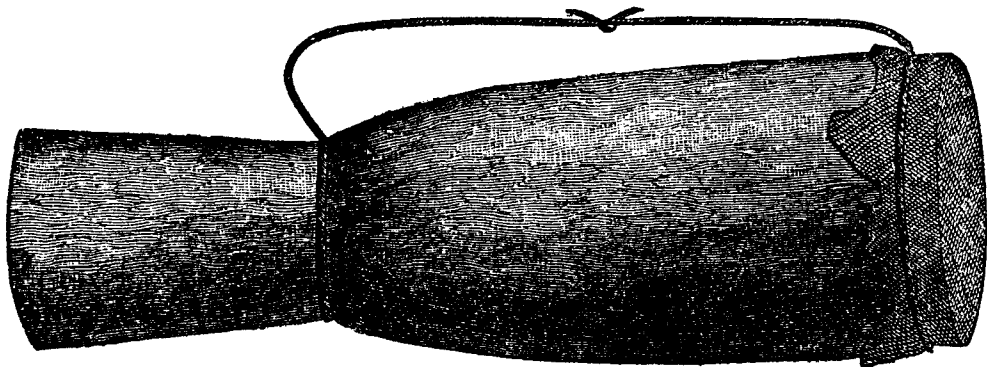


Fig. 43. — Tambor.



excavada, cerrado en una extremidad, en la otra con la piel de serpiente estirada; el tambor tenía por lo tanto algo bastante parecido en la forma a una botella de cuello ancho. No se utilizaban palillos, tan sólo las manos. Encontramos aquí un artículo de lujo: un salero (Fig. 44) colgando como una lámpara del techo. Todo el mundo tomaba sal de él con un palito, tanto como deseaba. La casa de Kukuti era llamada palenque por los huéspedes corteses, pero no tenía mucho en común con el imponente palacio-palenque de Dikoblinjak. Era además más bajo, abierto en sus extremidades y tenía un plan rectangular. Había aquí seis camastros, de los cuales dos, en honor a las damas, tenían cortinas colgantes de tejido. En el tabanco había también lugares para dormir y de esos eran los del medio, encima del fuego, los más deseados, no por amor al calor, sino por miedo a los mosquitos.

Temprano la mañana siguiente recomenzamos nuestro viaje y nos dimos un baño matutino vestidos al vadear el inevitable Río Couen. Rápidamente llegamos a una altura de más de 600 metros sobre el nivel del mar y ahora tuvimos las altas montañas más cercanas a nosotros. En Akbeta, lugar de residencia de dos familias descansamos y desayunamos. Todos los habitantes, con la excepción de una anciana, habían huído al anuncio de nuestra llegada. Aquí no había nadie para quien decir misa, con todo, también se dijo una misa. La anciana era sin embargo una anfitriona amistosa; pero entonces me entró el terror al pensar que probablemente me invitaría con la chicha que estaba preparando con sus dedos nudosos. Sin embargo, pronto entré en buenas relaciones con ella y conseguí no sólo una rueca (Fig. 45), sino también ella me enseñó cómo usarla. Se coloca en una calabaza y se pone en rotación gracias a la pequeña rueda cerca de



Fig. 44. — Olla para la sal.



Fig. 45. — Rueca.

la base del huso; en muy corto tiempo preparó con este simple torno de hilar una cantidad enteramente usable de paja rajada en tiras.

Como en las casas de los indios que habíamos visitado antes, los utensilios caseros eran muy sencillos. Consistían en "huacales" y jícaras de la fruta del árbol de la calabaza (*Crescencia cujete*) (Figs 46 y 47), raramente adornados de decoraciones grabadas, una o dos marmitas de barro, groseras, y lo más importante de todo, "la piedra" de los criollos, una piedra ligeramente cóncava, plana, sobre la cual se machaca el maíz para la "tortilla", antes de colocarla sobre el fuego para cocerla. Como recipientes de agua servían grandes "tinajas", de 40 a 50 litros de capacidad, de forma redonda, hechas de barro ligeramente cocido, sin barniz.

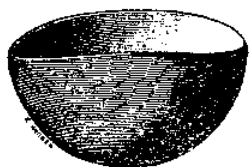


Fig. 46. — Huacal.

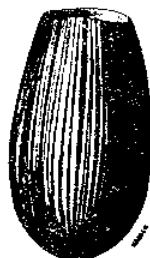


Fig. 47. — Jícara.

Después de una hora de marcha de Akbeta llegamos a la planicie, fuertemente quebrada, que había sido el lugar de la estación de misiones españolas, de San José de Cabeceras, fundada al lado de la primitiva capital de los talamancas, Koktu. La planicie se encuentra a 650 ó 700 metros sobre el nivel del mar y de allí se goza de un clima agradable, sin grandes variaciones de temperatura. Ya una mirada sobre el terreno mostraba que había sido el lugar de viejos cultivos. La selva había, desde mucho tiempo atrás, retrocedido, y cedido el lugar a una riente flora, caracterizada sobre todo por plátanos salvajes, plantaciones de bananos, ahora salvajes y casi tan difíciles de penetrar que las bocas de los ríos o los matorrales a los bordes de la selva. Entre los platanales se extendían colinas ricas en pastos, sombreados por los árboles frutales más variados, tales como zapotes, aguacates, con grandes frutas en forma de pera, de un fino gusto de almendra, cinco especies diferentes de cítricos, una de ellas naranjas grandes, deliciosas; marañones, mameyes con frutas grandes como la cabeza de un niño, la deliciosa guayaba dulce, y más lejos en las laderas más abruptas, grandes piñas y pequeños árboles de cacao. Las montañas que al Norte y al Oeste limitaban la planicie, mostraban aquí y allá las inmensas formas del árbol de la caoba y cedro, de muchos siglos, donde los cultivos no habían penetrado.

De la vieja colonia, por lo demás, no se veía traza e incluso el mismo Koktu desilusionaba mucho de lo que se había esperado; lo que vimos desde un montículo que lo dominaba, eran 10 ó 12 palenques, de los cuales ninguno de tamaño importante, desparramados encima o alrededor de las coli-

nas vecinas. Continuamos nuestro camino —por el momento un paseo de placer, comparado con las pasadas dificultades— hasta una de las casas más grandes, que Antonio dijo pertenecer al jefe principal del lugar, el que al mismo tiempo era el gran sacerdote. Nuestra marcha había sido forzada, para que la noticia de la llegada del Obispo no llegase antes que nosotros o que no fuese posible que los indios se uniesen para resistirnos con armas; nuestros esfuerzos habían sido, sin embargo, vanos, porque en la casa, un palenque abierto, como el de Kukuti, encontramos solamente dos ancianos, que nos recibieron con una impasibilidad resignada. Toda provisión de víveres, armas y los utensilios caseros más importantes, habían sido llevados y la perspectiva era sombría de que pudiésemos conseguir aquí provisiones para nuestro grupo que alcanzaba a unas 30 personas. Las explicaciones que Antonio pudo recoger rápidamente de nuestros anfitriones taciturnos, nos dieron poca esperanza de que los habitantes del pueblo volviesen mientras aquí nos quedásemos, porque el gran sacerdote les había dicho que dejaran sus casas y sus hogares, explicándoles que el sacerdote blanco avanzaba hacia su pueblo, delante de un pelotón armado, para obligarlos a casarse y cuando ya estuvieran casados, para llevarse a su tierra sus jóvenes esposas, lo mismo que sus gallinas, sus cerdos y dejar allí sólo las mujeres viejas.

A pesar que el viaje de misiones del Obispo resultaba en gran parte inútil, decidió éste quedarse aquí, en parte para ganarse los pocos indios que aquí quedaban, en parte para completar sus notas sobre el idioma de los talamanca. En algunas de las casas vecinas encontramos además otros ancianos, pero todas las mujeres habían sido como arrastradas por el viento: por qué las ancianas no se habían quedado, no lo puedo comprender. Entre los viejos se encontraba un “vidente”, que gracias a la fuerza mágica del tabaco y al obsequio de una pipa sueca curva de madera pronto se volvió mi amigo y me dio muy interesantes informaciones durante los días que aquí nos quedamos.

Una noche cantó para nosotros un largo himno, una especie de canto épico en unos 200 versos de cuatro estrofas, que sin embargo en su mayor parte era una lista de nombres y no daba ninguna posibilidad de juzgar de la época de los datos históricos que allí figuraban. Pero, por otra parte, el “vidente” podía darnos buen material para estudios de su idioma y el Obispo le quedó obligado por una parte bastante grande de su léxico de palabras en la lengua Cabecras, que él ha reunido y publicado más tarde en una obra científica (Dr. B. A. Thiel, “Apuntes lexicográficos de las lenguas y dialectos de los indios de Costa Rica”, Parte I, Lengua y dialectos de los Talamanca, San José de Costa Rica, 1883). En vano traté de convencer al anciano indio de conseguirme un guía que me llevase al “lago negro”, que se encontraba, decía él, apenas a un día de viaje, más lejos, alto, arriba en las montañas. El lago no podía ser visitado sino por aquellos que el gran sacerdote conducía allí, porque poderosos dioses vivían en él y debían ser tratados con respetuosas ceremonias: de otra manera el lago se desbordaría e inundaría toda la planicie de Koktu. Probablemente hay a la base de esta tradición alguna erupción antigua.

Buscamos en vano alguna traza de la antigua misión de monjes españoles, sobre y bajo tierra, pero encontramos en cambio varias tumbas indígenas, como las de que ya he hablado y viejos palenques abandonados, que mostraban que no hacía mucho tiempo atrás Koktu había sido un lugar mucho más importante que lo que era ahora.

## Capítulo XIV

# T A L A M A N C A

DUERI, ESTRELLA

De Koktu decidimos tomar el camino de regreso después de dos días de estadía allí, porque evidentemente nuestra espera era en vano y los indios parecían estar firmemente decididos a evitar todo trato con nosotros. La misma variada caminata nos esperaba, subiendo y bajando cimas de montañas, a través de ríos y de pantanos cubiertos de malezas llenas de espinas: pero ahora se iba con mayor rapidez, porque el camino ya estaba abierto al machete y nosotros acostumbrados a él. En Akbeta, Kukuti, Dikoblinjak, Schinubrinjak, Najvla, en todas partes fuimos recibidos con alegría y con gritos de bienvenida por esta gente amistosa y confiada, que ya nos consideraban como viejos conocidos y amigos. Regalos de parte de nuestros anfitriones no faltaban tampoco y a pesar que el viaje fue rápido, mi colección etnográfica recibió aumentos de valor. Tratamos en la medida de nuestras posibilidades de corresponder a su amistad y los objetos más diversos debieron servir para regalos o para intercambios. Cuando llegábamos a nuestros lugares de hospedaje por la noche no me quedaba una sola hoja de tabaco y apenas algunas prendas de vestir indispensables. En Najvla encontramos nuestros caballos y en la noche oscura salimos al trote tendido para pasar la noche en casa de Antonio, en Tounsela, obedeciendo a su propio ruego. El Río Lari nos refrescó nuestro ardor con un baño frío, para caballos y caballeros, y empapados y helados —a pesar de la temperatura de veintidós grados— llegamos a la espaciosa casa de Antonio, donde después de una cena de bananos asados y de pescado seco, pronto pudimos gozar de un descanso muy necesario.

Al día siguiente llegamos de nuevo a nuestra casa talamanca de Sipurio. Gracias a los esfuerzos pertinaces de Mr. Lyon y de Antonio y gracias tal vez a las buenas relaciones que habíamos tenido con grupos de indios durante el viaje a Koktu, se pudo reunir algunos días después de nuestro regreso un gran número de ellos —de 200 a 300— en Sipurio, para oír la nueva doctrina, pero ciertamente ante todo con la esperanza de recibir regalos. Después de misas y de prédicas, que se traducían a los oyentes de manera muy resumida, se bautizó de manera igualmente sumaria a unos 100 indios, sobre todo niños y mujeres. Después se comenzó un banquete, en

el cual cerdos, gallinas, bananos y chicha se consumieron en enormes cantidades.

Puesto que esta era la reunión más grande de indios Talamanca que vi o que habría podido ver, saqué partido de la ocasión con medidas, fotografías y sobre todo estudios de su idioma y no puedo suficientemente elogiar la amistad y la buena índole con que ellos se prestaron a mis deseos.

Mostraron además el más alto interés por mis colecciones zoológicas y tan pronto como yo estaba ocupado en la preparación de algún pájaro o en la tarea de investigar algún pequeño animal de agua o de tierra, siempre me rodeaba una turba curiosa, que jamás se cansaba de preguntar. Naturalmente que yo sacaba provecho de su inclinación hacia el conocimiento científico de la naturaleza y los estimulaba a coleccionar animales por mi cuenta y muchos ejemplares de valor llegaron de esta manera a mi colección. Entre otros animales me trajeron también dos ejemplares de un hormiguero raro, pequeño y trepador, con un pelaje más suave que la seda más fina y una larga y fuerte cola prensil. Como más tarde pude encontrar este mismo animal en Siquirres, escribiré más extensamente algunas observaciones sobre este animal. Al mismo tiempo coleccioné, gracias a la ayuda de mis amigos indios, una lista de nombres talamancas de los animales y plantas en mi colección, de los cuales ellos conocían el nombre. Y sólo eran unos pocos los que ellos no conocían.

Los indios permanecieron dos días en Sipurio: la mayoría dormían bajo el cielo, en lechos de hojas de palmera o en pequeñas hamacas de paja de palmera. Entre ellos se encontraban muchas mujeres jóvenes con facciones particularmente bellas y regulares y a pesar que eran generalmente de bastante menor talla que los hombres, se les veía, sin embargo, formas verdaderamente elegantes. Como se ha dicho arriba, el matrimonio a temprana edad es uno de los mayores obstáculos al aumento en fuerza y al desarrollo de la raza. Entre otros ejemplos puedo citar: una joven madre de once años, a penas núbil, con una cría de casi un año, enganchada sobre la cadera.

Después que nuestros amigos indios, alegres y conversadores, se hubieron ido de Sipurio, todo se mudó en silencio y desierto y nos preparamos para una nueva expedición, esta vez hacia las fuentes del Río Dueri, una verdadera expedición de buscador de oro, porque Mr. Lyon creía que la región era rica en oro y deseaba que yo lo buscara en las arenas del río. El viaje duró tres días. Pasamos a lo largo del Río Leri hasta Beskide, donde en un gran palenque encontramos una amistosa acogida. Nuestro campamento se hizo en otro gran palenque, a unos veinte kilómetros más arriba hacia la montaña: llevaba el nombre Dueri, por el río en cuya ribera se encontraba. A pesar que fuimos recibidos con especial amistad y festejados, era evidente, sin embargo, que el motivo de nuestro viaje no era grato para los indios. Algunos de ellos nos sirvieron entretanto de guías, pero hicieron cuanto pudieron para apurar la expedición y dijeron no saber nada absolutamente sobre la presencia de oro, o cómo eran las montañas o las

fuentes del río. Sus experiencias con buscadores de oro explicaban también sus antipatías. La siguiente historia puede justificarlas. Fue contada una noche a la luz de una hoguera por un viejo indio, con comentarios de Mr. Lyon.

Hacia muchos años había venido a las orillas del Dueri un criollo, Felipe, con su mujer, Teresa. Traía consigo herramientas de trabajo y armas que para los indios eran desconocidas. Pronto se aceptó que se instalase en los palenques vecinos y fue considerado como un amigo, gracias a su benévolo y amistoso trato y a los valiosos regalos, entre otros, de cuchillos, que distribuía gratuitamente. El rey le permitió que se construyese una choza a orillas del Dueri, en un lugar que Felipe había escogido después de varias semanas de búsqueda. Comenzó a excavar en la arena suelta del río y a lavar oro. Muchos de sus amigos entre los indios le ayudaron entonces y pronto llenó muchas calabazas de la arena amarilla brillante. En ese tiempo Felipe se había enamorado de Lotsé, hija del jefe de la rama india del Dueri, la muchacha más linda en un círculo de muchos días de viaje. El padre y la familia aceptaron la unión: que él tuviera antes en su choza una esposa, pensaron que no era ningún obstáculo al matrimonio y se celebró una brillante boda. Pronto las dos esposas no pudieron entenderse y probablemente debido a este hecho en su vida Felipe se volvió bastante taciturno. Para acortar, ya que su tesoro había crecido suficientemente, incluso a los ojos de un buscador de oro, decidió abandonar Talamanca por una tierra donde el oro tuviese algún valor. Cuando Lotsé descubrió su plan entró en sospecha y trató de convencerlo de quedarse: su hijo sería jefe de la tribu. Nada tuvo éxito y finalmente consiguió ella solamente que él la llevase consigo. El se lo prometió. Teresa, furiosa con esta concesión, trató de inducirlo a que retirara su promesa y a dejar allí a Lotsé. Cuando vio que él estaba demasiado ligado a ella para quebrar su promesa, decidió actuar por su propia iniciativa y asesinó a Lotsé, después de haberla llevado con engaños al bosque. Los indios descubrieron pronto el cadáver, presintieron el desarrollo de los acontecimientos y se quejaron al rey. Este vino en persona a la choza de Felipe y lo sentenció a matar por su propia mano a Teresa o a morir. Felipe confió en sus armas de fuego, creyó en la bondad natural de los indios y se preparó tranquilamente para el viaje. En la tarde del segundo día su bote estaba listo, cargado de oro hasta los bordes. Cuando Teresa subió al bote y cuando él hubo soltado la amarra para alejarse de tierra, cayó de repente una lluvia de flechas a través del Dueri y Felipe cayó sin vida al fondo del bote. El rey y sus guerreros vinieron entonces en sus canoas, tiraron su cadáver en uno de los hoyos donde él había sacado su oro, la arena dorada se tiró en el fondo del río y a Teresa se le colocó en el fondo del bote, que se soltó sin remos para que se fuese río abajo, con una corriente crecida y furiosa por las lluvias del otoño.

Fuimos 15 a 20 kilómetros arriba del Dueri, pero no encontramos por ninguna parte arena acarreado oro y fueron vanas todas las solicitudes de Mr. Lyon para que nos mostraran algunos de los lugares donde antes se había sacado oro. Un poco más lejos, en Iaris, se encuentra una mina de

cobre, que probablemente había sido trabajada en tiempos antiguos; pero la situación es tal que tardará bastante todavía antes que sea remunerador trabajar en ella de nuevo. Un poco más lejos, abajo del Tilire, en uno de sus afluentes, hay ricos depósitos de carbón pero incluso éstos no podrían ser trabajados con alguna ganancia. En lo que se refiere al oro los españoles encontraron alguno y abrieron algunas minas, pero las ganancias no fueron bastante grandes y como después comenzaron las continuas guerras con los indios, pronto las minas fueron abandonadas y tan completamente olvidadas que no se conoce el lugar donde estaban.

Volvimos a Sipurio para continuar nuestras investigaciones en la región vecina y a mediados de Septiembre estábamos listos para comenzar nuestra expedición a través de las tierras de los indios Estrella. Así se llaman las ramas de los Talamancas que viven en las riberas del gran río Estrella y de sus numerosos afluentes.

Salimos de Sipurio, pero esta vez hacia el Norte, después de haber enviado la mayor parte de nuestro equipaje por el Uren y el Tilire, para ser conducido directamente a Puerto Limón. Necesitábamos estar lo menos embarazados que podíamos, ya que teníamos por delante de nosotros un largo y cansado viaje.

Poco antes del mediodía llegamos, después de haber avanzado a través de un terreno relativamente abierto, a Suretko, un pueblo recién construido a orillas del Tilire; allí tomamos en el espacioso rancho una hora de descanso y viajamos luego en tres botes río abajo. Seguimos durante un par de horas sus orillas, vadeamos varios de sus numerosos afluentes y llegamos en la tarde, empapados y rendidos a Schedole, un pueblecito indio a orillas del río del mismo nombre. Allí pasamos la noche en la casa de un mestizo de San Salvador. A consecuencia de una de las revoluciones tan comunes en su tierra este hombre había tenido que huir de su país y vivía desde muchos años atrás entre los indios. Se construyó un altar afuera a cielo abierto, decorado con hojas de palmera y flores: el Obispo debía, efectivamente, decir misa ante los naturales del lugar. Después que la misa se hubo celebrado, que algunos indios fueron bautizados y casados con sus mujeres, visitamos la choza de uno de los indios, donde fuimos obsequiados con chocolate y chicha y además con aguardiente: era la primera vez que encontrábamos esta bebida entre los indios Talamancas. Yo hice intercambios de todo lo que pude ver en materia de armas y utensilios caseros, fáciles de transportar.

En la mañana se dijo la misa de nuevo y allí consiguió nuestro enérgico Obispo reunir con los lazos de Himeneo a nuestro anfitrión salvadoreño con una india, que ya era su mujer de acuerdo con los ritos de los indios. Continuamos nuestro viaje subiendo el río Schedole, de una pendiente suave: el punto más alto de esta montaña cubierta de selva, el que pasamos, tiene una altura de 700 metros sobre el nivel del mar. De allí teníamos una magnífica vista sobre la región vecina, fuertemente quebrada. Bajando unos 200 metros, llegamos al río Moy, donde tomamos el desayuno



en una choza en ruinas de un par de negros que recogían caucho. Los negros estaban armados hasta los dientes, porque vivían en continuo terror de los indios; pero la ganancia por el hule recogido es tan grande, que un "ulero" que tiene buena suerte puede ganar más de 2.000 dólares en tres meses. Eran también estos negros de Jamaica, individuos salvajes, listos, grandes y fuertes de constitución. Su grupo de seis hombres daba la impresión de estar en capacidad de defender sus elásticos tesoros.

Después de una caminata de cinco horas a través de matorrales espesos, cuando era posible pasarlos, sobre pantanos sin fondo y por largos trechos a lo largo de pequeños ríos, arriba y abajo de quebradas y montes escarpados y cubiertos de vegetación, llegamos hasta las orillas del río Duluúli. Continuamos nuestra marcha por las dos riberas del río: vadeamos el río unas veinte veces en trechos de un tercio a un medio de agua y recorrimos grandes trechos por el río mismo. Nuestros cargadores indios eran en total 14; comenzaron ahora a estar rendidos y dieron a conocer este estado de su manera habitual con prolongados silbidos. Por fin llegamos al lugar Duluúli, donde decidimos hacer el campamento para la noche, porque todavía teníamos dos horas de luz y según las perspectivas apenas una hora de caminata hasta Bitéi, el pueblo más importante de indios de esta región, habitada por indios Estrella.

En el rancho de Duluúli vivía sólo una familia en ese momento, pero el amoblado señalaba que había más habitantes. Pronto tuvimos una explicación de esta situación. De aquí, como de los pueblos de indios vecinos, la población había generalmente huido hacia las montañas más lejos al oeste, más inaccesibles, tan pronto como supieron que el Obispo se aproximaba. Su principal jefe, Biterio, como había sucedido en Koktu, había echado a correr el rumor que el Obispo venía a la cabeza de una fuerza armada, para bautizarlos y sacarlos a la fuerza, que tomaría consigo las más bellas de sus mujeres y de sus hijas y dejaría atrás las viejas y feas, que mataría todos sus cerdos y gallinas y otras cosas por el estilo. El Obispo decidió entonces quedarse algunos días en Bitéi y por medio de la persuasión y promesas de regalos tratar de conseguir que los indios volvieran. Entretanto hicimos entrar nuestra caravana en el palenque abierto y espacioso y pasamos una noche relativamente tranquila.

En la mañana comenzamos nuestro viaje hacia Bitéi con nuestro anfitrión como guía. En lugar de una hora necesitamos casi cuatro, antes de llegar a un pueblcito situado de manera muy bella sobre una altura. Más o menos a medio kilómetro de Bitéi corre el río del mismo nombre, con muchas vueltas hasta el río Estrella.

Como en Duluúli aquí también había huido lejos la mayor parte de los indios. Los que habían quedado eran una media docena de ancianos y ancianas. Bitéi se compone de cuatro grandes casas o palenques. Pero no habían sido construidos en el estilo auténtico, sino que tenían paredes rectas, un techo relativamente pequeño y un plano cuadrado en el suelo. Por lo demás tenían la misma disposición interior que las habitaciones de los Talamancas. Cada casa era el hogar de 3 ó 4 familias.

Ya que nuestras provisiones estaban casi terminadas tuvimos que conseguirnos nuevas: pero fue bastante fácil porque el pueblo era rico y tenía extensos platanales. Entre otros compramos un cerdo grande, pero el propietario declaró que teníamos que llevarlo nosotros al monte a matarlo. Se le dio la orden a Nerón y pronto había agarrado fuertemente al delincuente por la oreja, lo había derribado al suelo y el cocinero de un machetazo lo mató en un instante. A pesar que el cerdo —pesaba 130 libras inglesas— no alcanzó a alimentar más de dos días a nuestra numerosa caravana.

Después de una misa y que una comida abundante hubo reparado las fuerzas de nuestro indios cansados, nuestro intrépido Obispo solo, seguido de un indio como guía, salió a tratar de encontrar a los indios en sus casas, en el pueblo de Estrella y a tratar de persuadirlos de juntarse con él en una reunión. Este viaje se estimaba que debía tomar dos días. Entretanto se había enviado emisarios a los bosques para convencer a los indios de Duluúli y de Bitéi a regresar. Después de un par de días comenzaron pronto a volver y después que el Obispo hubo regresado se reunió rápidamente con unos 50 indios en Bitéi.

Entretanto Mr. Lyon había tenido un violento ataque de fiebre y como las noches en Bitéi eran todo menos saludables, porque habitualmente una neblina densa flotaba sobre el pueblo, levantándose del río próximo, y que los altos montes vecinos impedían que fuese disipada, a menos que soplasen vientos fuertes, comenzó su estado a darnos inquietudes y comenzamos a prepararnos para el viaje río abajo. Para transportar a Mr. Lyon hasta el lugar, distante unos 5 kilómetros, donde nuestros botes debían esperarnos, se preparó una primitiva silla de manos, que debería amarrarse en las espaldas del indio más fuerte de nuestra tropa. Este era un verdadero ejemplar de tamaño y de fuerza entre los otros, se llamaba Muschko, que quiere decir "cerdo" y este era un nombre honroso, porque el cerdo salvaje que se encuentra en sus selvas es el animal más valiente, mucho más valiente que el jaguar, que el puma y que el tigrillo.

El Obispo regresó al tercer día; su viaje subiendo el río Estrella había sido difícil. El pueblo entero estaba vacío a su llegada. Era dirigido por un mestizo hondureño emigrado, Segura, que había conseguido crearse una tal importancia entre los indios Estrella que había sido elegido cacique con la completa condescendencia de Biterio. Como tanto él como Biterio vivían en poligamia era enteramente inoportuno que sus leales seguidores se hiciesen cristianos y que un Padre visitase uno u otro pueblo. Por lo tanto, Segura había ayudado a Biterio a sembrar diligentemente entre los indios terror por los sacerdotes blancos, ya que los jefes temían, no sin razón, que el Obispo llamaría tropas de Puerto Limón para que lo ayudaran y opinaron que lo más cuerdo era retirarse con su gente a la selva, hasta que la misión hubiese terminado.

La madre de Biterio y una de sus muchas mujeres fueron encontradas, sin embargo, en una choza lejana y fueron inducidas con promesas y ricos

regalos a seguirmos hasta nuestro campamento. Allí el Obispo, ante los ojos encantados de los indios, exhibió sus tesoros de porcelana de Nürenberg y más de una docena se dejaron bautizar. Un anciano cantó en la noche un largo canto, que fue traducido por nuestro intérprete habitual, un indio Tucurrique, que había ya seguido al Obispo en misiones anteriores. Este fue anotado por el Obispo de manera tan exacta como posible.

Durante dos días continuamos nuestros estudios lingüísticos y enseñanza de la religión a los indios. Estos no se diferencian en nada en aspecto y en costumbres de los verdaderos indios Talamancas. Su lenguaje, en cambio, muestra algunas pequeñas diferencias pero no tan grandes que ambos no puedan ser considerados como dialectos del mismo idioma. Magnifi-

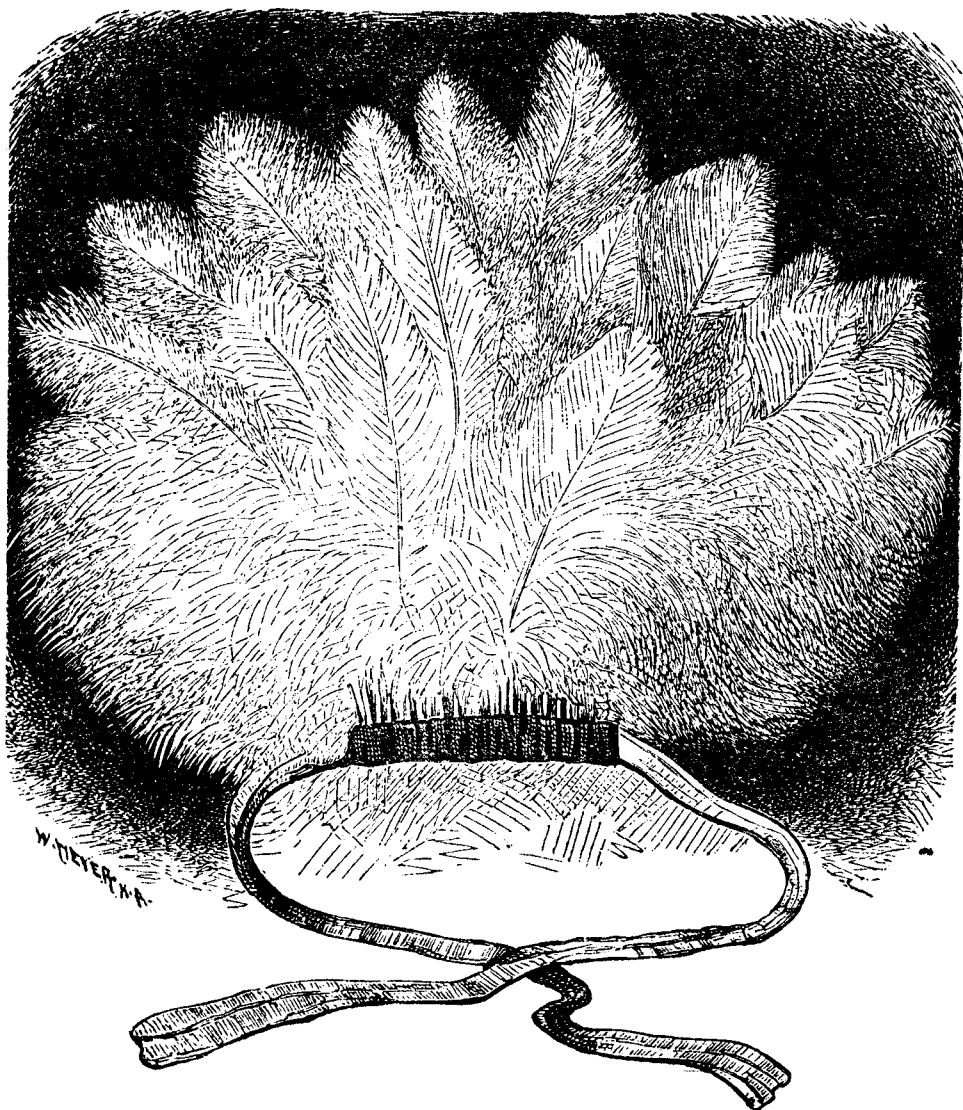


Fig. 48. — Adorno de plumas de garza.

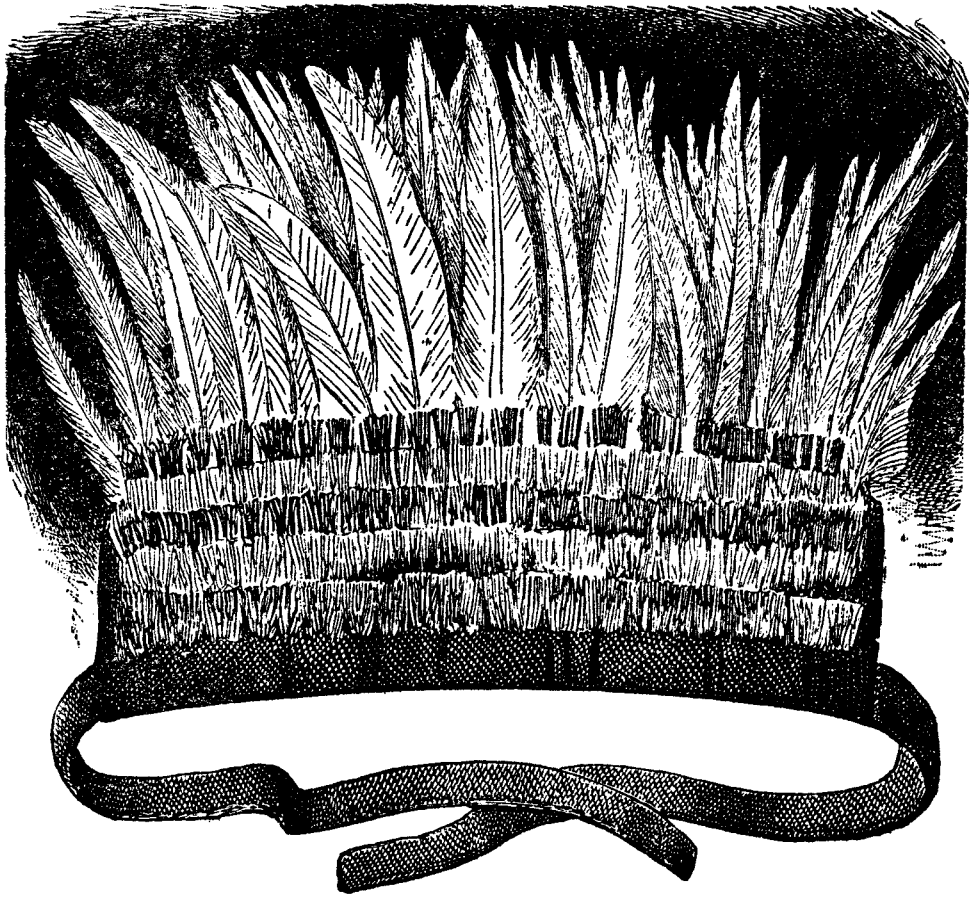


Fig. 49. — Adorno de plumas de tanagrida.

cas armas y adornos pude cambiar aquí y por esto quedé tan desprovisto de ropa europea y armas que ya no tenía ni un cuchillo para mi uso personal.

Entre los objetos costosos que obtuve en esta región hay un magnífico adorno de cabeza hecho de plumas de garza (Fig. 48) digno compañero de una diadema similar de plumas de tanagrida que había conseguido en Koktu (Fig. 49). También merecen ser citados algunos collares de anillos pulidos de moluscos. Cada año o cada dos años un grupo más o menos grande de indios hace una expedición de varias semanas al Océano Pacífico. Entre las cosas preciosas que se traen de allí se encuentran moluscos de una cierta especie, seguramente algún *Voluta*, que a su regreso dividen en pedazos y pulen a mano contra piedras hasta formar discos o cuentas de 5 a 6 centímetros de diámetro. Sólo los anillos del molusco se usan para esto y solamente pueden ser usados por los jefes. (Fig. 50).

Pequeños plantíos de ñame, yuca y bananos se encontraban aquí y estaban bien cuidados. Los indios Estrella parecían tener un espíritu más in-

clinado al arte que sus vecinos del sur, porque sus jicaras y huacales (hechos de la fruta del *Crecensia Cujete*) eran a menudo labrados con mu-

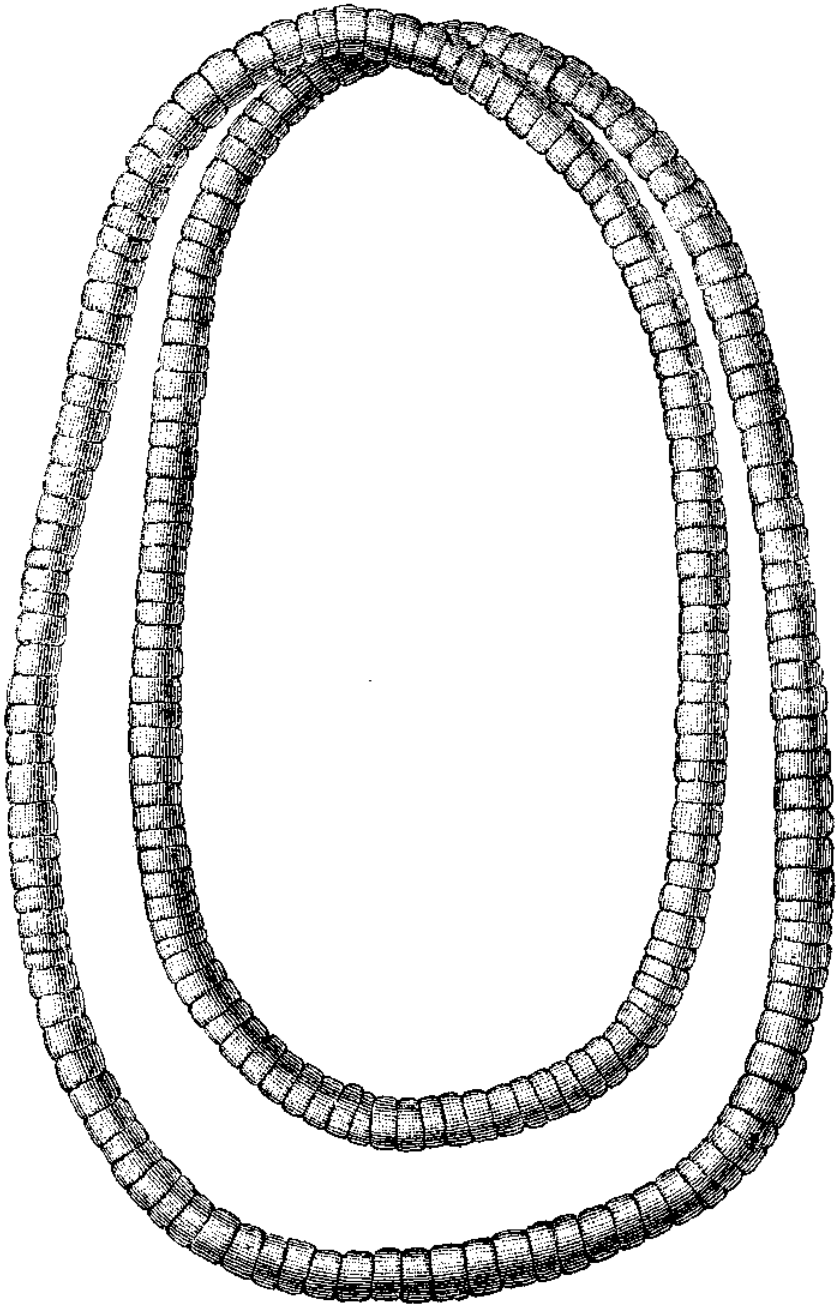


Fig. 50. — Collar de conchas de caracol.

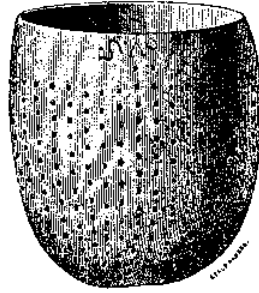


Fig. 51. — Jicara. Fig. 52. — Colador para chicha.

cho gusto, a pesar que no emplean para esto otro instrumento que un machete de medio metro de largo. La figura 51 muestra una jicara de coco artísticamente labrada. La figura 52 una jicara cubierta de hoyos que se utilizaba como un colador de chicha.

Los entierros y otras ceremonias son las mismas aquí que entre los indios de las orillas del Couen y del Lari. Los hechiceros parecen estar aquí en una posición más alta y a menudo reunían la dignidad real, en este caso compartida con Biterio, con la función de sacerdote y de jefe. Una triste situación es que el aguardiente destruye a los indios Estrella. En la desembocadura del río se ha, efectivamente, establecido un comerciante que a cambio de caucho y salsaparrilla suministra a los indios ron y aguardiente. El negocio es muy bueno.

Después de cinco días de estadía en Bitéi levantamos el campamento para dirigirnos en botes por el río Estrella abajo. Dejamos a los Estrellas con menos pena de la que habíamos sentido al separarnos de los cariñosos muchachos de Talamanca. Necesitábamos un día entero para bajar el río con la ayuda de remos y de la corriente.

El río Estrella no es tan grande como el Tilire, pero puede ser llamado un río importante. Pasamos cinco quebradas o caídas; en una de ellas se dio vuelta un bote que nos seguía; la tripulación, hombres, mujeres y niños nadaron todos rápidamente hasta la ribera, el bote y los remos y lo más importante del cargamento fueron recogidos por nuestra tripulación abajo de la quebrada, después de lo cual los náufragos se embarcaron de nuevo, entre risas y burlas, como si nada extraordinario hubiese pasado. Al atardecer llegamos a la desembocadura del río y fuimos donde el negociante ya mencionado, donde fuimos recibidos con generosidad y encontramos buenas camas.

Como Mr. Lyon no estaba todavía bien de salud y no podía dejar la cama, decidimos Herr Hübsch y yo quedarnos aquí en la boca del Estrella un par de días, hasta que se hubiese mejorado suficientemente para regresar a Sipurio con la ayuda de sus indios. Consideramos que este era nuestro deber, ya que Mr. Lyon durante nuestro viaje por Talamanca constan-

temente sacrificando sus intereses había tratado de permitirnos hacer nuestra labor científica. El Obispo debía continuar su viaje a Puerto Limón para de allí comenzar un nuevo viaje de misiones hasta las partes noroeste de Costa Rica. Por lo tanto, al día siguiente de nuestra llegada a la boca del Estrella se embarcó en un gran bote.

El tiempo pasó muy rápidamente para los tres días que pasamos aquí, porque la naturaleza era exuberante y generosa. Es cierto que tengo que anotar aquí tres cazas desgraciadas de manatí, una de las cuales me costó un baño y la pérdida de un revólver; pero tuve la oportunidad de echar una mirada sobre las costumbres poco usuales de este animal y por eso más tarde, en el río San Juan, tuve la oportunidad de un éxito completo.

Entre el botín botánico hubo semillas de un Hibiscus (*Hibiscus Abelmoschuz*), semilla que los indios consideran como el antídoto más seguro contra la mordida incluso de las víboras más venenosas. La semilla se quiebra o se muele hasta convertirla en un fino polvo, que con agua se convierte en una pasta: se coloca encima de la herida después de la mordida y se aplica fuertemente contra ella. Además se prepara una decocción de la semilla pulverizada y de ella el paciente bebe más o menos un medio litro.

Cuando Mr. Lyon, a pesar de estar débil, estuvo en condiciones de montar a caballo, nos dirigimos a lo largo de la playa a una distancia de 15 ó 20 kilómetros hacia el sur hasta la Punta Cahuita, para tratar de arrendar un bote para nuestro viaje a Puerto Limón. El camino era difícil, a pesar de no ser muy quebrado, porque teníamos a veces que vadear sobre la misma playa, sobre una arena fina y suelta requemada por los rayos del sol que le caían directamente, a veces teníamos que escalar un infierno de rocas cortantes o pasar a través de malezas llenas de espinas, a veces teníamos que abrirnos paso a machete a través de la selva.

Allí nos salió al encuentro el aroma casi adormecedor de la vainilla (*Vanilla Planifolia*), tan fuerte que casi provocaba malestar. Finalmente, llegamos al lugar de nuestro destino: allí se alegraba el ojo al ver varios bonitos edificios, que se encontraban en medio de las huertas más encantadoras, al borde mismo de la playa del Océano. Pasamos a lo largo de una veintena de grandes tortugas (*Chelonia Imbricata*) vivas, que yacían en el suelo, vientre arriba. Durante días, tal vez semanas deberían, puestas en esta posición, esperar su terrible destino de ser puestas al fuego, o más bien ser colocadas sobre carbones ardientes hasta que la parte superior de su caparazón —llamada el carey legítimo— se soltase. Después de lo cual los pobres animales serían soltados de nuevo en el océano, para tal vez sufrir de nuevo el mismo tormento en el futuro.

Cahuita es una gran colonia de negros, con algunas 15 casas, desparramadas a lo largo de la playa. Los habitantes viven de la recolección del caucho y de la pesca, entre ésta, la de las tortugas es su más preciado botín. El caucho y el carey se liquidan en Puerto Limón. Son marinos hábiles y esforzados, pero duros y salvajes como animales: por el menor malentendido el cuchillo es el único juez.

Fuimos a la casa de uno de los negros más estimados, Samuel Brown, y a pesar que éramos sus huéspedes y que Mr. Lyon era conocido desde mucho tiempo atrás de estos negros, sólo gracias a nuestras buenas armas pudimos salir de su casa sin pagar dinero. Después de muchas dificultades encontramos finalmente dos negros que contra una fuerte suma nos prometieron conducirnos a Puerto Limón. Y tuvimos un suspiro de alivio, cuando después de haber visto a Mr. Lyon en buen estado, desaparecer en el bosque hacia Tilire, tarde en esa misma noche, nos hicimos a la vela de la bahía de la Punta Cahuita.

La noche en el mar fue deliciosa y a la mañana siguiente desembarcamos en Puerto Limón, después de una expedición difícil, pero rica en recuerdos agradables, entre los indios Talamancas.